

COMUNICARE. DOC

N° 26 - DICEMBRE 2021

EMILIO TRESALTI

(25 JUNIO 1935 - 3 MAYO 2021)

ISTITUTO SECOLARE "CRISTO RE"

Índice

Presentación	4
<i>Fabio Vescovi</i>	
Carta del Presidente general del Instituto Secular “Cristo Rey”	5
<i>Antonio Vendramin</i>	
Emilio Tresalti. In memoriam	7
<i>Luciano Caimi</i>	
Mis recuerdos de Emilio	13
<i>Giorgio Mazzola</i>	
Recuerdo de una reconciliación	24
<i>Giulio Gamucci</i>	
Adiós, mi queridísimo Emilio Tresalti	25
<i>Rickie Lam</i>	
Nos veremos pronto	26
<i>Fabio Vescovi</i>	
En Venezuela con Emilio	29
<i>Gian Vito Tannoia</i>	

Intervención en la Misa de sufragio de Emilio Tresalti	30
<i>Ivan Netto</i>	
Testimonio de un colega en el funeral de Emilio Tresalti	31
<i>Lorenzo Sommella</i>	
Homilía del párroco en el funeral de Emilio Tresalti	33
<i>Padre Giuseppe Celano</i>	
El Congreso visto de cerca (1970)	35
<i>Emilio Tresalti</i>	
El “paciente” Wojtyla	37
<i>Emilio Tresalti</i>	
El crecimiento del Instituto es un deber	38
<i>Emilio Tresalti</i>	
Sínodo de los Obispos – IX Asamblea general – 1994	40
<i>Emilio Tresalti</i>	
Secularidad consagrada: el Magisterio de la Iglesia y mi experiencia	42
<i>Emilio Tresalti</i>	
Mensajes de pésame	47

Fabio Vescovi



Recogemos en este “Comunicare.doc” algunas contribuciones en recuerdo de nuestro querido Emilio Tresalti, que fue Presidente general de nuestro Instituto del 1991 al 2006, Presidente de la Conferencia Mundial de Institutos Seculares (CMIS) del 1996 al 2000, médico, Director Sanitario del Hospital Policlínico Gemelli de Roma, Responsable de muchos de nosotros, hermano y amigo con una amistad exigente, rica y enriquecedora, pero sobre todo un cristiano verdadero, un hombre de Dios, un hombre para los hombres y las mujeres (muchísimos) que lo han conocido y apreciado.

Emilio nos ha dejado improvisadamente, sin avisar previamente, la mañana del 3 de mayo de 2021, un lunes: el día que prefería, el de la cotidianidad e inicio de una semana laboral que él comenzaba, como todos los días ordinarios, levantándose por la mañana temprano para la oración.

Difícil esbozar un perfil: los testimonios recogidos, que han exigido una inevitable selección, provienen de muchas personas y han sido escritos en diversas lenguas, como prueba de su capacidad de hablar lenguas extranjeras, un don del Espíritu y de cultivar relaciones humanas profundas con hombres y mujeres de diversas culturas. Por tanto, el material aquí recogido, lejos de pretender ser una orgánica biografía, se puede leer como una sencilla reseña de recuerdos personales, de agudas anécdotas, y también como una fuente no necesariamente ordenada de notas biográficas que caracterizan su compleja personalidad, donde las luces y las sombras se aproximan, sin énfasis celebrativos y, mucho menos, sin intentos hagiográficos.

Agradeciendo el trabajo de los redactores, esperamos haber logrado la finalidad de presentar el perfil de un creyente que ha realizado una elección vocacional firme, apasionada y que ha dejado a sus hermanos del Instituto un testimonio fidedigno y ejemplar de su rica experiencia de laico consagrado.

A todos los profesores y aspirantes

El lunes por la mañana del día 3 del pasado mes de mayo, Emilio Tresalti nos ha dejado improvisamente; después de algunos días, me dispongo a escribir esta carta en su recuerdo. Mientras iba al trabajo, Carlo Savarese me comunicó lo acaecido. Ambos hemos permanecido incrédulos y sacudidos por cuanto había sucedido, por el repentino malestar cardíaco que ha golpeado a Emilio.

Había sido transferido a una nueva habitación algunos días antes de Pascua para un mejor soporte asistencial. Carlo había trabajado mucho en favor de esta nueva solución, que el mismo Emilio deseaba. Todavía se debían perfeccionar algunos detalles, pero el conjunto parecía encaminado hacia la dirección justa, en un ambiente más adecuado a sus exigencias de salud que estaban evolucionando. Pero los proyectos del Señor iban hacia otra dirección.

No es fácil recordar a Emilio por lo que él realizó, tanto dentro de nuestro Instituto (Presidente general de 1991 a 2006 y no sólo esto) como en el exterior, en colaboración con muchos otros Institutos Seculares esparcidos por el mundo, para la promoción de la vocación de consagración secular.

Había nacido el 25 de junio de 1935 en Roma, era el mayor de cuatro hermanos, de los que uno sacerdote. Había conocido el Instituto en edad juvenil, a través de Armando Oberti (por la colaboración en la Acción Católica Italiana, a nivel diocesano), prometiendo los primeros votos el 25 de octubre de 1959 y los votos perpetuos el 22 de noviembre de 1975.

Después de haber conseguido el doctorado en medicina y cirugía en 1959 en la Universidad de los Estudios de Roma, cumplió con el servicio militar como oficial, teniente médico, en Terni, representando así mismo la autoridad sanitaria a nivel civil.



Inició la actividad laboral como Asistente voluntario en la cátedra de Patología médica durante un trienio hasta el 1963, consiguiendo al mismo tiempo la especialización en Endocrinología y Enfermedades metabólicas. El mismo año comenzaba a desarrollar la función de médico del trabajo en el entonces nuevo polo

petroquímico de Gela en Sicilia. Debido a las diferentes visiones en la conducción profesional, las relaciones con otros médicos del lugar no fueron fáciles. Existieron actos intimidatorios hacia su persona y amenazas pesadas. En un primer momento la situación aconsejó el traslado a la Casa de cura Santa Bárbara de Gelama pero, sucesivamente, en 1969, continuando la presión sobre él, de acuerdo con el Profesor Giuseppe Lazzati, abandonaba la Sicilia. De regreso a Roma iniciaba la actividad de Inspector en el Policlínico Gemelli; transcurrió también largos períodos en Somalia, ocupándose de formación y organización sanitaria. Continuaba su camino profesional en el Policlínico Gemelli hasta llegar a asumir la responsabilidad de Director Sanitario. Muchos de nosotros lo recuerdan en las transmisiones televisivas, cuando leía los partes médicos sobre el estado de salud de San Juan Pablo II a raíz del trágico atentado al Pontífice del mes de mayo de 1981. Apenas conseguidos los requisitos para la jubilación en 1995, dejó anticipadamente, respecto a las costumbres, el importante cargo en el Policlínico, con estupor de los colaboradores que apreciaban su actividad (testimoniada también durante el funeral) para dedicarse mejor al Instituto como Presidente General.

Un gran papel Emilio lo ha realizado en el desarrollo de nuestro Instituto. Primero en Italia, mediante contactos con las diversas diócesis de Sicilia con ocasión de su presencia laboral, como Encargado general Aspirantes desde 1970 hasta 1973 y desde el 1974 como Responsable del “Grupo siciliano” de los profesos. A continuación, Emilio cuidó la difusión del Instituto más allá de los confines italianos, en los años 80 y durante su Presidencia, acompañando su nacimiento y crecimiento en diversos países extranjeros. Sin su determinación, probablemente, hubiéramos permanecido en un recinto un poco reducido. Ciertamente nos ha ayudado a ampliar la mirada, a desprovincializarnos, a ver las situaciones desde diversos puntos de vista, a apreciar todas las culturas, a entrar en la mentalidad de los demás sin juzgar. Estaba siempre atento a lo nuevo y a los cambios.

Esta su apertura se ha demostrado también en el ámbito eclesial sobre el desarrollo de nuestra vocación. De hecho en 1970, durante el primer Convenio Internacional de Institutos Seculares, Lazzati indicó a Emilio como miembro para la Comisión Internacional encargada de preparar los Estatutos de un Organismo permanente de coordinación de los Institutos. La Conferencia Mundial de Institutos Seculares (CMIS) se constituyó formalmente en 1972, recibiendo la aprobación definitiva de la Sede Apostólica en 1974. Ha sido Secretario general de este nuevo Organismo (1972-1980) y más tarde Presidente (1996-2000). Pero su actividad en este ámbito ha ido más allá de la temporalidad de las funciones institucionales. En realidad, apasionado promotor de los Institutos Seculares en la Iglesia, ha sido consejero de muchos de ellos, apoyándolos en la creación de diversas Conferencias continentales y nacionales. Su último viaje fue a Vietnam en el mes de septiembre de 2018, invitado por la Conferencia Asiática de Institutos Seculares a tener una relación. Por sus capacidades adquiridas en el tiempo ha sido consultor de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada desde 1991 hasta 2014. De este su precioso y amplio servicio a los Institutos Seculares, y en general a la Iglesia, son testimonio las muchas atestaciones que nos han llegado.

Probablemente por su temperamento, un poco reservado, no siempre era fácil entrar en sintonía pero, una vez superado el primer impacto, la comunicación se soltaba y el diálogo se abría también a la confidencia. En algunas ocasiones ciertas decisiones suyas, tomadas con determinación, no siempre han sido compartidas pero, esto forma parte del vivir como hermanos encaminados por el mismo camino. Emilio nos ha enseñado mucho sobre el estilo laical de nuestra vocación, evitando posibles desvíos clericales y devocionales. Con frecuencia nos ha llamado a apreciar la “belleza” del mundo, en la naturaleza, en las obras y en las artes humanas. Gracias por todo esto, Emilio.

Dirijo, finalmente, un sentido agradecimiento a la Señora Elena, que lo ha seguido y acompañado con entrega durante muchos años, así como también a Carlo Savarese y a Marco Monti Chioventa que en diversos modos y tiempos han estado a su lado.

Milán, 12 de mayo de 2021

Otros – deseablemente - tendrán ocasión de presentar un preciso perfil biográfico del Profesor Emilio Tresalti, figura muy conocida y apreciada en el ámbito de los Institutos Seculares (IS) y en otros ámbitos. Aquí me limito a un testimonio, articulado en cuatro puntos, que espero puedan restituir una idea de conjunto bastante atendible de su rica experiencia de laico consagrado.

1) Una elección vocacional firme y apasionada.

Al considerar la biografía de Emilio, me llama la atención, en primer lugar, una fecha: el 25 de octubre de 1959. Era el día de su profesión de los primeros votos en el Instituto Secular «Mílites Christi», instituido canónicamente en la diócesis ambrosiana (1952) y presidido por el Profesor Giuseppe Lazzati (Milán, 1909-1986: hoy Venerable).

Comprometido desde hacía tiempo en las filas de los jóvenes de Acción Católica (GIAC), el joven romano de veinticuatro años, neo-doctor en Medicina y Cirugía por el Ateneo de la Ciudad, en la Asociación juvenil había conocido a Armando Oberti (Vailate 1926 – Roma (2012), trasladado por motivos de trabajo de la capital lombarda (Milán) a la capital de Italia (Roma): fue él el medio para el contacto con el Instituto milanés (es sabido, entre paréntesis, que Oberti, en 1976, sucedió a Lazzati en el vértice de dicho Instituto, permaneciendo en el cargo hasta 1991).

Juntamente con la Juventud Femenina, la GIAC de los años cincuenta constituyó una auténtica reserva de alimentación de los Institutos Seculares, nueva forma vocacional reconocida por Pío XII con la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia* (2 de febrero de 1947), completada en 1948 con el importante «Motu proprio» *Primo feliciter*.

Tresalti que, como muchos jóvenes militantes de la época, confiaba, para su camino de vida cristiana, en el prudente sostén de un director espiritual (un padre jesuita), fue atraído enseguida por aquel tipo de vocación. Por tanto, muy joven, concluidos los cuatro años de preparación, se sintió preparado para pronunciar el propio, convencido «¡Heme aquí!» como respuesta a la llamada del Señor.

No me resulta que haya dudado en algún momento de la elección efectuada. Su personalidad, bien esculpida desde joven, lo inducía, una vez individuado un objetivo y una meta, a perseguirlos sin vacilaciones. Así sucedió en las decisiones relativas ya a su futuro profesional (de médico) ya al vocacional.

La opción tan neta por parte de un joven de sólo 24 años de una vocación nueva y bastante “singular” (sobre todo en la versión masculina) incluso a los ojos de muchos cristianos de la época (...y, *mutatis mutandis*, de hoy) me induce a hacer algunas consideraciones.

Así en el lugar de florecimiento: la GIAC del decenio de los años cincuenta, era una realidad asociativa numéricamente fuerte, en honor a la verdad, con algunas rigideces que estaban de más en el plano cultural y moral, pero, sin duda, capaz de movilizar a muchos a una generosidad de compromiso y a una visión exigente de la vida cristiana.

Allí Emilio encontró el ambiente ideal de incubación del germen vocacional, que después floreció plenamente. Como él, muchos jóvenes, provenientes de las ramas masculina y femenina de la A. C., tuvieron la valentía en aquel período de efectuar elecciones radicales – como es la misma consagración secular - en edad... realmente juvenil. Hoy - permitidme un breve paréntesis – las cosas han cambiado bastante. El temor de

elecciones definitivas, el difundido sentido de incertidumbre, una crecida inseguridad/fragilidad psicológica inducen a retrasar, en todo campo vocacional, por tanto también en el campo de los Institutos Seculares, la propia decisión. No así para la generación de Emilio que, propensa a decidir en edad de juvenil madurez, podía formalizar el «¡Heme aquí!» personal con una frescura de entusiasmos difícilmente igualable en casos de elecciones efectuadas en edad avanzada.

Una vez ingresado en el Instituto «Milites Christi», Tresalti se identificó con él en un edificador y totalizador sentido de pertenencia. Aquella era ya su casa y su familia definitiva. El amor por el Instituto no lo expresó con palabras sino, según su estilo esencial y activo, con admirable generosidad en las diaconías que se le pidieron poco a poco, incluida la Presidencia – 1991-2006, sucediendo a Oberti - del mismo Instituto; Instituto que – anoto – en 1969 se llamó con el título: «Cristo Rey».

2) Por una secularidad sin equívocos

Se le pidió, en algunas ocasiones, precisar qué harían (o deberían hacer) los Institutos Seculares, y Tresalti a veces respondía de forma seca: «¡Nada!». Naturalmente, después se preocupaba de precisar. Pero la explicación le servía para articular la perentoria afirmación, no para “endulzarla” ni, mucho menos, para desmentirla.

Si se considera bien, su franca afirmación pretendía llamar la atención sobre el núcleo original e indivisible de la consagración secular: la idea de *secularidad*. Debía entenderse, siguiendo cuanto es válido para todo fiel laico, no como un simple dato sociológico, sino como «condición teológica» (Pablo VI) para un camino de *santidad*, que encuentra en las ocupaciones de cada día (familia – para quien la tiene – trabajo, actividades sociales, culturales, recreativas, sindicales, educativas, políticas, de voluntariado, etc.) los ámbitos específicos de una presencia y de un testimonio evangélico articulados principalmente en dos niveles (sin embargo, interactivos): estilos y comportamientos relacionales de proximidad, humanamente ricos y abiertos al encuentro con el otro/a, sin ficciones de la propia fe y con la conciencia, en los tiempos y en los modos debidos, de «estar dispuestos a dar razón de vuestra esperanza» (1Pedro 3,15); competencias aptas para “animar cristianamente” las “realidades temporales” en las que se trabaja, con el fin de conformarlas al original designio del Creador (en concreto: el pleno desarrollo del hombre y de la sociedad) (cfr. *Lumen Gentium*, 31).

Para Tresalti, pues, en línea con Giuseppe Lazzati, a los Institutos Seculares correspondía no tanto aventurarse en iniciativas propias y en obras de carácter apostólico, socio-caritativo, etc., cuanto, más bien, cuidar la formación humana, cristiana, vocacional de los propios miembros, para que cada uno pudiera crecer en una conciencia y disponibilidad cada vez mayores, con el fin de trabajar «en el mundo» con la actitud testimonial y la capacidad “animadora” de los ambientes cotidianos de vida, que se han recordado hace poco.

Él, siguiendo el amplio conocimiento de los Institutos Seculares, no se equivocaba cuando denunciaba algunas vacilaciones sobre una correcta interpretación de la secularidad, con el riesgo de acercarse a formas operativas y modalidades comunicativas típicas de la vida religiosa. Un riesgo – podemos decir - persistente, que remite a una cuestión delicada, ya presente en los exordios de los Institutos en examen: la de su pluralismo. Legítimo, dentro de ciertos límites, porque cada Instituto está dotado de “dones” y sensibilidades específicas, pero que desvía cuando se atenúa o se pierde de vista la típica dimensión secular.

En sus innumerables encuentros con los Institutos Seculares, en Italia y en el extranjero, Tresalti insistía sobre el particular, convencido de que precisamente en torno a la dimensión secular estaba en juego la misma credibilidad de semejante forma vocacional.

Al lado del aspecto, por así decirlo, institucional del problema, estaba también, el de tipo personal. Es decir, relativo al modo concreto de vivir cotidianamente como laico consagrado. A este propósito, el testimonio de Emilio me parece significativo bajo diversos aspectos.

Así, en el plano de las relaciones personales. No era el tipo de “besos y abrazos” (por otra parte, cada uno tiene su personalidad y su estilo). Reservado, amaba relaciones genuinas, “adultas”, confiando en lo verídico

de las recíprocas palabras intercambiadas. Entre amigos, sabía también - siempre con medida – abrirse a confidencias sobre experiencias personales, sobre la vida de la Iglesia y de los Institutos Seculares. Alimentaba, también, un exquisito sentido de acogida. Le agradaba, por ejemplo, invitar a comer o a cenar, a veces para profundizar algunas cuestiones particulares del Instituto de pertenencia, otras veces simplemente para compartir momentos relajados de amistad. Mientras ha podido, se deleitaba también cocinando y lo sabía hacer muy bien.

En su conjunto, el testimonio de Tresalti nos entrega un modo típicamente secular de *estar en el mundo* y de *vivir el mundo*. El amor por la profesión (médico, dirigente sanitario, docente), la versatilidad de los intereses (en primera fila los artísticos - musicales), el gusto por actualizarse cultural y bíblico-teológico (acercándose directamente a textos extranjeros), la *curiositas* hacia experiencias y mundos “diversos” (civiles y eclesiales) más allá de los confines domésticos, el deseo de estar al paso con los tiempos, incluso en el plano tecnológico, para poder comunicar mejor con amigos/amigas en Italia y en el extranjero: todos eran signos de una presencia histórica, activa y responsable, condición de una secularidad madura y dinámicamente interpretada.

Emilio huía del exhibicionismo devocional, difundido incluso en los Institutos Seculares. Su espiritualidad, profunda, pero reservada, como toda su personalidad, lo frenaba incluso para no manifestarse en formas exteriores de emocionalidad religiosa y de militantismo apostólico. Tenía plena conciencia de la urgencia del testimonio evangélico en el mundo pero, sobre todo con referencia al Occidente secularizado, estaba persuadido de que aquél debía proponerse en formas respetuosas, dialógicas, partiendo del reconocimiento de los deseos, de las esperanzas y de las heridas que se albergan en el corazón de cada hombre y mujer pensante.

En definitiva, también para él, el “caso serio” de la fe en la post-modernidad afectaba plenamente la “cuestión antropológica”. Juzgaba que los Institutos Seculares deberían sentirse particularmente solicitados y activos en este frente. Sin embargo, para ser idóneos para dicha tarea se les pedía apuntar – según su parecer – a una formación a la altura de los propios miembros, favoreciendo en cada uno/a un crecimiento pleno de madurez humana y cristiana. Era (es) el desafío en discusión.

3) Una personalidad fuerte, un *liderazgo* decidido

Quien se acercaba a Tresalti se daba cuenta de que se relacionaba con una personalidad robusta, decidida, sin hojarasca. Una personalidad con destacadas dotes de *liderazgo*, que supo ejercer egregiamente tanto en el campo profesional como en el eclesial (con respecto sobre todo a los Institutos Seculares).

Por lo que se refiere al primer ámbito, es conocida su experiencia en un campo de grande responsabilidad, como fue el largo servicio cumplido en el Hospital «Agostino Gemelli» de Roma, anejo a la Facultad de Medicina de la Universidad Católica (el servicio, iniciado en 1969, lo llevó, en poco tiempo, a asumir la función de Vice Director sanitario hasta 1976 y desde 1980 la función de Director sanitario, a lo que se añadieron cargos de enseñanza - higiene y gestión sanitaria, 1980-1999, inmunoprofilaxis e Inmunoterapia, 1996-1998, en la citada Facultad de Medicina).

Como Director tuvo que gestionar, entre otras cosas, la compleja organización del acontecimiento clínico de mayor resonancia mundial: la intervención quirúrgica de urgencia y la sucesiva recuperación de Juan Pablo II en el hospital, a raíz del atentado del 18 de mayo de 1981 en la Plaza de San Pedro. Durante largas semanas Tresalti estuvo en el centro de los *medios de comunicación* nacionales e internacionales, debiendo transmitir los cotidianos partes médicos sobre la salud del Pontífice y gestionar las anexas conferencias de prensa. Una situación difícil que se debía tener bajo control incluso en el plano emotivo, teniendo todos los días encima, literalmente, los ojos de los observadores de todo el mundo. Cumplió la tarea con gran profesionalidad y equilibrio, conquistando difundidos aprecio. Una vez que el Papa se restableció completamente tuvo la ocasión de encontrarse con él en audiencia privada juntamente con su mamá. En las paredes del estudio, en la propia casa, tenía, con legítima satisfacción, fotografías de aquel encuentro.

Sin embargo, en 1995, apenas madurados los requisitos para jubilarse, Tresalti – sesenta años – decidió abandonar el cargo, oneroso pero prestigioso, del «Gemelli», no sin suscitar motivos de desconcierto y de pesar sobre todo en el *equipe* de los más estrechos colaboradores y colaboradoras. La razón verdadera y decisiva del

alejamiento, sufrido pero decidido, como su estilo, era una sola. Desde hacía cuatro años, siendo todavía Presidente del Instituto Secular «Cristo Rey», el cual, entre otras cosas, estaba registrando un prometedor desarrollo fuera de Italia, él era consciente de las dificultades – a su parecer insuperables – de gestionar conjuntamente, con la debida seriedad y responsabilidad, tanto la dirección del Policlínico como la Presidencia del Instituto.

Siempre he reconocido en la elección de Emilio un gesto “heroico”, de valentía cristiana y de amor activo, más allá de las palabras, al mismo Instituto. Abandonar el «Gemelli» significaba desaparecer de la escena de un papel de visibilidad, de prestigio y –¿por qué no?– de poder (aunque entendido en su forma “buena” y *light*).

Durante los quince años de su Presidencia, como miembro del Consejo general y Encargado de la Formación permanente, yo he podido “ver de cerca” a Tresalti en el ejercicio de la función de Presidente. Apostaba fuerte por el método de gestión de los encuentros colegiales: clima sereno y tiempos tranquilos, de tal manera que cada uno pudiera tomar la palabra con calma, quizás más de una vez. Cuando la cuestión discutida se encontraba ya adecuadamente “madura”, no le faltaba ciertamente la valentía de la clara decisión. También (y sobre todo) en los casos de elecciones onerosas bajo diversos perfiles (por ejemplo, cuando se trató de proceder a la venta de inmuebles de propiedad del Instituto para invertir lo obtenido en la ya improrrogable restauración del Eremitorio San Salvatore sopra Erba – sede de encuentros espirituales, tan querida por el Profesor Lazzati -, que requería una adecuación a las normas de toda la estructura). Para decir la verdad, no faltaron algunas circunstancias de incomprensión sobre algunas elecciones que se debían tomar sobre problemas organizativo - administrativos: en aquellos casos, el tiempo y –sobre todo– el espíritu de fraternidad, aunque en la diferencia de opiniones, poco a poco sanaron las dificultades que se habían producido.

Pero, ya antes de asumir la Presidencia del Instituto, la capacidad de *liderazgo* de Emilio tuvo la oportunidad de ejercitarse en otro significativo contexto eclesial: la Conferencia Mundial de Institutos Seculares (CMIS). Fue Secretario general de la misma desde 1972 hasta 1980 y Presidente desde 1996 hasta el 2000. Precisamente en el desarrollo de aquellos cargos se puso en evidencia su fundamental contribución para la organización, primero, y para la gestión, después, de aquel organismo, numéricamente reducido, pero de no poca complejidad, debiendo encontrar en su interior, entre personas de diversas culturas y lenguas, puntos de compartida planificación sobre las tareas que debía absolver: tener relaciones con la Congregación vaticana pertinente, establecer enlaces entre los Institutos adherentes a la Conferencia, ofrecer profundizaciones sobre la específica experiencia vocacional, promover los periódicos Convenios internacionales de estudio y las Asambleas electivas. No cabe duda de que durante el largo período de responsabilidad en la CMIS Tresalti fue destacándose poco a poco como una de las figuras más autorizadas y representativas de los Institutos Seculares. Entre otras cosas, contribuyó a promover, dentro de la Conferencia Mundial, algunas Conferencias nacionales y continentales, como la Asiática. Naturalmente, muchas veces fue invitado a participar en encuentros y asambleas de Institutos Seculares, distribuidos por el mundo. La última vez fue en el mes de septiembre de 2018, relator, en Vietnam, en la Conferencia Asiática: viaje que le costó mucha fatiga, ya que las fuerzas iban disminuyendo y desde hacía algún tiempo ya no tenía confianza en afrontar solo caminos tan comprometidos.

Se ha de añadir que su autoridad le fue reconocida incluso a nivel de la Congregación para la Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, en cuyo seno, desde 1991 hasta 2014 ocupó el cargo de Consultor.

4) *El sentido de la mundialidad*

Era una dimensión en las fibras íntimas de Tresalti, reacto a toda forma de provincialismo cultural, eclesial, espiritual. Este rasgo distintivo, con el transcurrir del tiempo, se fue acentuando. En la perspectiva de una interculturalidad vista cada vez más como riqueza e integración de las diversas culturas y experiencias. Esto, para Emilio, valía tanto en el plano civil como en el religioso, con referencia –naturalmente– a los mismos Institutos Seculares.

Desde joven, la salida del ambiente romano – que también aseguraba una cierta reducción del riesgo provincial, dada la singular universalidad de la Ciudad – se precisó inicialmente en dos direcciones: por una parte, el citado encuentro, a mitad de los años cincuenta, con el Instituto de los «Milites Christi», heredero de la tradición socio-cultural y eclesial ambrosiana; por otra parte, el inicio de la profesión de médico en el establecimiento ANIC (grupo ENI) en Gela, Sicilia, experiencia no carente de dificultades, dado el complejo contexto ambiental, donde el inicio de una realidad industrial de semejante importancia, con la mejora económica de la zona, muy pronto atrajo intereses y apetitos de grupos de mala vida (Tresalti, fue objeto de formas intimidatorias, y a cierto punto aceptó abandonar el cargo, dedicándose a ser Consultor de medicina interna y del trabajo en el Hospital Santa Bárbara de la misma pequeña ciudad).

En ambos casos, para Emilio, la adhesión a los «Milites Christi» de Milán y el trabajo en el contexto siciliano significaron dos diversas formas de apertura a otros “mundos” respecto a Roma. Un decenio más tarde, después de la toma de servicio en el «Gemelli», he aquí la experiencia que ha marcado profundamente la maduración de su sensibilidad internacional, con específica atención a los países en vías de desarrollo. Me refiero al trienio 1977- 1980, que transcurrió como profesor de Epidemiología y medicina preventiva en la Facultad de Medicina de la Somali National University de Mogadisho (Somalia). Más tarde -1989 – como confirmación del vivo interés hacia los problemas del Tercer Mundo desempeñó también el cargo de Vice Presidente de la Asociación Studi America Latina, con sede en Roma. Se han de recordar finalmente, siempre en orden a su “interés” internacional, las significativas consultaciones en: el Departamento de la salud, Consejo de Europa, Estrasburgo, 1994-1995; el Dipartimento per la Cooperazione allo sviluppo, Ministero degli Affari Esteri, Roma, 1977-1982.

Roma, Milán, Italia en general, aunque amadas, en cuanto sedes de sus raíces socio-culturales, vocacionales, profesionales, con el pasar del tiempo se convirtieron cada vez en más íntimas para él. Su mirada, su tensión partían de allí pero iban más lejos. También - y sobre todo – pensando en el futuro de los Institutos Seculares.

La “mundialidad” como estilo y actitud implicaba a nivel personal la asunción de competencias y comportamientos precisos, faltando los cuales, aquella perspectiva, quizás deseada, se hubiera convertido, sin embargo, en veleidad.

Así, los conocimientos lingüísticos, instrumento príncipe para la comunicación. Tresalti dominaba perfectamente el inglés, francés y español. Juntamente con el italiano este equipaje instrumental lo dotaba de la posibilidad de comunicar casi con cualquiera, en cualquier ángulo de la tierra.

Las lenguas, pues: medio comunicativo indispensable, aunque no suficiente. Emilio lo recordaba siempre, insistiendo en el hecho de que era preciso, en primer lugar, una especie de “ecología” de las actitudes personales, para entrar en verdadera sintonía con otras realidades culturales y con sus intérpretes. Lejos, pues, de (presuntas) superioridades de cualquier cultura (comenzando por las occidentales) sobre las restantes. En este sentido – se me permita un inciso – él no era ciertamente tierno en los juicios sobre la gran parte de los modelos católicos de evangelización/misión a lo largo de los siglos, entendidos, salvo pocas excepciones (sobre todas, la del Jesuita Matteo Ricci en China), como sencillo “trasvase”, a otros contextos, de cuanto elaborado en Occidente, bajo el rígido control de Roma, en los planes doctrinal, moral y litúrgico. El desafío, que por muchos motivos se debía vencer, era (es) el de una sabia inculturación del Evangelio en relación con las socio-culturas autóctonas en las que se anuncia.

Contra actitudes mentales e interiores engendradas por una especie de *superiority complex*, típica del Occidente (y de los occidentales en general), para Tresalti el antídoto permanecía el de una auténtica relación empática con personas y tradiciones culturales “diferentes” respecto a la nuestra. Esto implicaba, como *pars destruens*, el abandono de estereotipos y prejuicios en el propio modo de considerar al interlocutor y su mundo de proveniencia, y como *pars construens*, una disponibilidad abierta a la escucha y a la confrontación, tratando de ponerse sin esquemas protectores “en el pellejo del otro” para mirar la realidad, comprendida la religiosa y vocacional, desde su punto de vista. De aquí, la exigencia de una capacidad de adaptación, en cuanto a

mentalidad, costumbres, espacios de vida, alimentación, etc. Bajo dicho perfil, Emilio ha ofrecido un testimonio ejemplar. Donde quiera se encontrase, mostraba saber insertarse y adaptarse sin problemas. Incluso el uso (sobre todo en India) de casacas típicas del lugar respondía a una exigencia de identificación escueta con el ambiente que hospedante.

Estas consideraciones representaban, sin embargo, sólo un preludeo del punto que grandemente le interesaba: *la difusión de los Institutos Seculares*. Él estaba profundamente convencido del valor universal de la consagración secular, masculina y femenina, confirmada, por lo demás, por el florecer de vocaciones en todas las latitudes, aunque numéricamente contenidas. Su preocupación (válida en primer lugar para el Instituto de pertenencia) era la de cultivarlas en el respeto de las mencionadas advertencias metodológicas generales sobre las relaciones entre las diversas culturas, con las relativas implicaciones en la inculturación de un carisma vocacional como el que está en examen. Esto significaba, por ejemplo, que un Instituto Secular, nacido en Italia y con desarrollos en países de África o de Asia, debía ciertamente pedir a los miembros de aquellos contextos fidelidad al núcleo constitutivo de la vocación (consagración/secularidad), pero interpretado y vivido según formas, posibilidades y acentos propios de sus condiciones socio-culturales y sensibilidades espirituales.

Tresalti ha sido, sin la menor duda, protagonista destacado del movimiento de los Institutos Seculares en el mundo. Siempre ha defendido la peculiaridad del carisma de éstos, mostrando viva preocupación cuando notaba, en cualquier lugar, señales que podían alterar su especificidad, sobre todo por parte de quien, pensando quizás en que hacía un servicio mejor a la Iglesia, impulsaba hacia una flexión en el sentido de mayor disponibilidad hacia formas directas de evangelización o de aplicación a ministerios intra-elesiales. No: él estaba convencido de que el modo que se pedía a éstos para contribuir a la causa del Evangelio era, precisamente, el de estar como laicos consagrados en el mundo, para concurrir, sostenidos por la fe, esperanza y caridad, a la edificación de la «ciudad del hombre a medida del hombre» como amaba decir su Maestro de vida, el venerable Giuseppe Lazzati. Ciertamente con todo lo que implicaba todo esto (e implica) en términos de competencia, pasión, espiritualidad, formación, participación y genuino «*sensus ecclesiae*».

Del testimonio cristiano discreto, abierto, meditado, además del servicio generoso e infatigable en sostén de los Institutos Seculares, debemos estar sobremanera agradecidos a Emilio Tresalti.

Giorgio Mazzola

Debo confesar que escribo estas notas sobre todo por un motivo egoísta. Desde siempre he estado dotado de escasa memoria, quisiera, pues, darme prisa en fijar algunos recuerdos de los episodios que han marcado mis años transcurridos con Emilio, que han ocupado una parte importante, hasta hoy quizás la predominante, de mi vida.

Su desaparición ayuda a revestir estos recuerdos de una mirada, no sólo agradecida, sino también afectuosa, aunque se refieran incluso a ocasiones más fatigosas, en las que resultaba más difícil comprender y comprenderse. Por otra parte, ser cristianos significa sobre todo esto: dejar espacio al Amor, resumir todo el pasado, el nuestro y el vivido cerca de otros, en una historia de salvación.

Por ello, dar espacio principalmente a los recuerdos bellos no significa traicionar la historia, sino tratar de verla de nuevo con los ojos de Quien, como sabemos, tiene otros ojos.

Pongo en fila muchos recuerdos, aunque desconectados, por lo cual dejo a quien lee el detenerse sólo allí donde merece la pena.

Comenzamos por la primera vez que lo vi: sucedió durante la celebración de los Tres Días del Instituto en Villa Sacro Cuore di Triuggio en el año 1988. Yo era aspirante en el tercer año, pero en aquella ocasión los aspirantes fueron admitidos en la Tres Días profesos, que además se recuerda con frecuencia por un desagradable y triste altercado acaecido en el aula durante los trabajos. En aquella ocasión Emilio presentó la última relación, sobre el impacto del Instituto en las demás culturas, y habló, entre otras cosas, de Matteo Ricci en China y de Roberto De Nobili en India y esto llamó mi atención – en aquel período yo leía un libro sobre las felices y entusiasmantes historias de los Jesuitas en China – de tal manera que terminada la presentación me acerqué a él y, no sin temor reverencial, le pregunté algo, no recuerdo qué.

La vez sucesiva fue tres años más tarde, en el otoño o invierno de 1991: Tresalti había sido elegido hacia poco Presidente del Instituto. De la Secretaría me llegó la petición de ir a recogerlo en la sede de la Universidad Católica en Plasencia, para llevarlo a Milán. Como sucede siempre por mi actitud, no pregunté nada y sencillamente fui a recogerlo con el coche. Pero había una razón: durante el viaje, Emilio me pidió que asumiera el cargo del año de espiritualidad. Recuerdo que él me preguntó si tenía alguna objeción y creo que le presenté un par de ellas. Él me escuchó y después, sosegadamente, me dijo que eran comprensibles, pero no suficientes, con lo cual dije que sí. Comprendí, sin embargo, a percibir de antemano que este género de citas con frecuencia encierra alguna petición, lo que sucedió al menos tres veces: en 1994 con la petición de que me encargara de los aspirantes en Zaire (hoy República Democrática del Congo), en 1996 del aspirantado en Italia y en 2001 del aspirantado en todo el Instituto. En base a las experiencias precedentes, las veces sucesivas no me molesté en presentar mis objeciones, sino que me limité a no decir: no...



En Zaire estuve la primera vez acompañado por él. Creo que era el verano de 1993 (¡pido ayuda a nuestro archivo!), permanecimos una noche en Kinshasa y aquella noche, por vez primera, tuve la ocasión de decir algo de mi vida, de mi familia. Le dije que para mí no era la primera vez que estaba en África – había estado un mes en Tanzania con mi parroquia¹ – y le narré los viajes sobremanera venturosos de mi hermano en India (sin dinero, solamente con lo obtenido de la venta de jeans y de vestidos occidentales) y en Zaire (atravesado en autostop desde Kivu hasta Kinshasa). Emilio, finalmente, salió con una frase ingeniosa ‘¡Mira por dónde, entonces no me equivocaba, he visto justo!’. El día siguiente partimos para Bandundu (en la foto están Benjamin y el Padre Werner Bach, verbita) y recuerdo el rostro satisfecho y divertido de Emilio cuando el viaje terminó con la travesía en piragua del río Kwilu (en la foto). No me dijo muchas cosas aquellos días (nunca era particularmente locuaz), evidentemente juzgaba suficiente que me sumergiera en aquella realidad. Al regreso me pidió, sin embargo, de forma perentoria, que aprendiese bien el francés; más tarde me inscribí durante un par de años en los cursos nocturnos del Centre Culturel Français y el verano sucesivo fui dos semanas a la escuela en Bretaña.



¹ Para aquel mes transcurrido en Tanzania había frecuentado el año precedente un curso de Swahili, lo cual le sorprendió cuando, con ocasión de una sucesiva reunión del Consejo del Instituto, ampliada a nuestros hermanos presentes en África, pasé por alguna razón por via Stradella en Milán y saludé al grupo en Swahili.

Emilio era muy exigente respecto a las lenguas extranjeras y más en general sobre el necesario nivel de profesionalidad que debía caracterizar todo compromiso y toda decisión². Las lenguas se debían aprender muy bien (me aconsejó, por ejemplo, que me suscribiera a la revista semanal *The Economist*, en inglés), y no toleraba ligerezas y superficialidades. No le agradaba constatar provincialismos y que se pensase la cultura italiana superior a las demás (sin conocerlas); tampoco toleraba que se mirase a los miembros no italianos como si fueran una nota de folklore del Instituto (el modo diverso de vestir o de comer, etc.): esto le causaba mucho fastidio y, debo decir, que esto me lo ha contagiado, ¡tampoco yo lo soporto! Emilio me daba consejos sobre cómo conocer las realidades de los diversos países del mundo: me pedía siempre que me preparara con alguna lectura, y me sugería visitar los supermercados y las librerías del puesto, frecuentar los medios de transporte (¡cuánto le gustaba girar en rickshaw en Mumbai!) y los restaurantes para formarme una idea sobre la cultura de la gente que estaba encontrando. Emilio inicialmente había estudiado el francés, después aprendió el inglés y el español y durante algún tiempo probó con el polaco. Poniendo en orden mis libros en casa, he descubierto que prácticamente todos los libros que he recibido como regalo de él están en lengua extranjera, la mayor parte en inglés y casi siempre sobre argumentos fuera de lo habitual: la autobiografía de Nelson Mandela, la novela *Ébola*, un ensayo sobre los conflictos en África, ‘Western Spirituality’ de Matthew Fox (en la firma aparece que fue comprado en Auckland), una guía de África occidental, etc. Para impulsar la difusión del Instituto, ofreció dos becas de estudio para los miembros del Instituto, - hasta hoy no utilizadas - para aprender las lenguas china y coreana. En los años sucesivos me he dado cuenta de una falta mía, al no haber sabido llevar a buen fin la publicación científica en chino del *A Diognetes*, lo cual él deseaba grandemente. También hoy debemos reafirmar, como Emilio me y nos decía, que estudiar una lengua no propia, así como interesarse y dejarse formar por las vicisitudes de todo el mundo, es un auténtico (y costoso) acto de amor hacia el mundo (¡no el único, ciertamente!) y es un acto que está perfectamente en sintonía con nuestra secularidad, por tanto un ‘movimiento’ propio de nuestra consagración secular. Emilio se interesaba también por todas las novedades tecnológicas, bastante más que yo, ingeniero electrónico: creo que fue uno de los primeros en tener un móvil, recuerdo que compró uno de los primeros modelos, que después me pasó; incluso con los ordenadores, que también me pasaba cuando los cambiaba; en general, le agradaban las cosas bellas, las bien hechas. Se preocupaba también de actualizarse sobre la cultura corriente; recuerdo que, con ocasión de una comida en Roma sobre el aspirantado - estaba presente también Carlo Savarese - escuchamos el disco de los Beatles ‘Sgt. Pepper’s Lonely Hearts Club Band’, y Emilio se maravilló del hecho de que yo conociese el significado oculto de una canción (*Lucy in the Sky with Diamonds* - ver iniciales). Recuerdo también que un encuentro de los formadores del Instituto inició con la escucha de una canción de Sting ‘If I Ever Lose My Faith in You’, si no recuerdo mal. En aquellos encuentros para los Responsables invitó incluso a un amigo hebreo, historiador (Prof. Bruno di Porto), a un profesor ruso, a un pastor protestante (Martin Uhl), etc. Emilio tenía mucho interés, en fin, en abrirse a otras realidades, y era severo en los juicios cuando veía que las personas permanecían ancladas en sus esquemas. Y su actitud ante la oración y ante la Palabra de Dios era particular, también en este caso bastante lejos de los esquemas más difundidos³.

Su carácter exigente (‘áspero’), lo definió un discípulo suyo durante los funerales), lo toqué personalmente en una ocasión sucesiva al primer viaje a Zaire, probando por vez primera - sucedió otras veces - una sensación de cierta incomodidad al final de la comunicación telefónica con él. Sucedió que precisamente en aquel primer viaje a Zaire me vino una intoxicación hepática debido a los fármacos antimaláricos (por un fármaco que después fue retirado del comercio) mientras, descubrí que Emilio (¡médico!) no realizaba ninguna profilaxis antimalárica, lo que aprendí a hacer también yo en todos los viajes sucesivos. El hígado juega pesadas bromas al humor, además

² Recuerdo su atención a las reestructuraciones de Via Stradella en Milán y del Eremitorio San Salvatore sopra Erba, para que todo estuviera conforme a la norma, en los años de las difíciles decisiones de Desio y, precisamente, en los inmuebles de Via Stradella y San Salvatore.

³ Pongo a continuación un paso de un mensaje suyo en respuesta a un correo electrónico mío con algunas propuestas de itinerarios sobre la Escritura. Así escribía: “Mi enfoque es el de la escucha lo más pura posible, es decir, por parte de quien desea conocer el pensamiento de Dios, *God’s mind*, sobre el hombre, sobre el mundo, sobre las cosas, etc.

Para hacer esto pienso que se deba leer, releer, tratar de comprender qué quiere decir Dios. Debido a este enfoque, rehúyo los personajes fabricados y un poco aislados. Me parece que querer fabricar el personaje es algo que está demás, me dan incluso fastidio las llamadas ‘iconas’, que también están de moda.

de imponer rígidos regímenes alimenticios. No me encontraba bien y llamé por teléfono a Emilio diciéndole que mis condiciones no aconsejaban el viaje a Zaire, programado para muy pronto, pero él sin demasiados cumplimientos me hizo comprender que los problemas de salud no podían ser un impedimento; admito que no me agradó pero aprendí también a no tener en cuenta mis limitaciones físicas en todos los viajes que realicé en los años sucesivos. Esto era una verdadera y propia enseñanza: es necesario también ser capaces de ir más allá de los propios límites. Aquel mi viaje a Zaire fue particularmente complicado, con una espera que duró cinco días en la Procure des Missions de Kinshasa (eran los días de la protesta de la Ville Morte) y un viaje también arriesgado para llegar a Bandundu, para una permanencia de pocas horas (!).

No sabría decir cuántos países haya visitado Emilio, en todo caso nunca por turismo. Creo que en su vida, aunque habiendo viajado muchísimo, no ha tomado nunca unas vacaciones en el sentido que normalmente damos a esta palabra. Me maravillaba su disponibilidad para moverse y poder encontrar a las personas: recuerdo que viajó a Alemania para encontrar - ¡en el aeropuerto! – a la responsable del Instituto Caritas Christi, o el viaje a Bélgica para hablar con el verbita Padre Werner Bach, que ya había regresado a Europa y al que habíamos conocido en Bandundu.

Por ejemplo, tengo la impresión de que uno de los motivos por los que no se encuentra la "secularidad" en la Biblia consiste en que se lee en clave de "espiritualidad", de personajes que ya se sabe qué parte deben representar, o, por lo menos, que los especialistas ya saben qué dirán.

Lo más bello que encuentro, es, en cambio, que cada vez que leo la Biblia, directamente en continuación, es decir, libro tras libro con el auxilio de comentadores y traductores de valor reconocido o mediante la presentación que la Iglesia hace de ella mediante la liturgia, para mí se realiza un descubrimiento nuevo, de una frescura y de una vitalidad increíbles.

Un enfoque de este género crea una mentalidad, facilita un modo de ver las cosas, que se avvicina al modo de ver de Dios, si así me puedo expresar. Entonces mi actuar estará más fácilmente sintonizado con el plan de Dios.

La desventaja de este enfoque es que no me da recetas, ni soluciones a los problemas y ni siquiera respuestas sencillas y prontamente operativas”.

Para decir la verdad, la primera vez que encontré a Emilio en el extranjero fue en India, cuando con Fabrizio Lardini participé en un curso de ejercicios en Goa con los amigos de India; me impresionó porque llegó caminando en plena noche a los encuentros, vestido con el kurta. Emilio me pidió después muchos otros viajes, a África y a otras partes, hasta el punto de que, con ocasión mi mis votos perpetuos, en 1999, los aspirantes, un poco pilluelos, me regalaron, además de un bello par de botas de montaña, una camiseta con sus firmas y con la frase: “Tres saltos para el mundo”⁴.



Si quisiéramos seguir con estas imágenes, creo que se podría decir que si tuviéramos que regalar hoy una camiseta a Emilio deberíamos escribir en ella: ‘Lazzati para el mundo’. Pienso, en realidad, que no me equivoco al afirmar que la actual difusión de nuestro Instituto en el mundo no se hubiera realizado sin el impulso decisivo que le dio Emilio. Como símbolo de esta difusión puede valer la foto siguiente que pone precisamente juntos al Profesor con el primer profeso no italiano Robin Francis D’Souza. Una foto simbólica!



Volviendo a mis viajes, a Emilio le agradó el exordio de una mía serie de artículos en *Comunicare* dedicados a mi viaje a Togo; inicié, de hecho, afirmando que para un ingeniero, como yo, no era inmediato comprender que es necesario... ‘razonar con los pies’, es decir, que se aprende viajando y conociendo las diversas realidades. Esta expresión, alguien me refirió, Emilio la utilizó en el curso de las Asambleas de Comunidad preparatorias del sucesivo Congreso; no niego que me produjo placer saberlo, dado que Emilio era más bien parco en las palabras y en el apreciar.

⁴ El significado se comprende sólo en italiano; es una camiseta que suscita diversos recuerdos, porque dos de los entonces aspirantes que firmaron ya están en el cielo, Fabrizio Panozzo y Elenio Zimelli

Para decir la verdad, acaeció una apreciación particularmente solemne, en los primerísimos años de colaboración (después comenzó a conocer mis límites y mis defectos...): Estábamos en la Secretaría de Via Stradella, me parece que estaba presente Piero Di Iorio, y él salió con una expresión latina dirigida a mí: *'Homo longus raro sapiens; sed, si sapiens, sapientissimus'*. Otra ocasión simpática cuando pasé los días de Pascua en su casa, en Via Capodistria – siempre quería acoger a los huéspedes con mucha atención - y habiendo pasado por su iglesia parroquial por la mañana, me pidieron que hiciera de lector en la celebración pascual de la noche. Se quedó estupefacto y me dijo: '¿pero cómo es posible, yo voy a esta Iglesia desde hace muchos años y nunca me han pedido leer y tú que vas por primera vez...?'

En muchas ocasiones Emilio compensaba con los hechos lo que no lograba ser en las relaciones. Cuando se dio cuenta de que mi salud era bastante debilucha, me daba consejos, como médico con experiencia notable en otros países; puedo recordar aquí uno de los más simpáticos, cuando, sabiendo que viajaba con frecuencia por motivos de trabajo o para el Instituto, me dijo que para mis comidas debía aprender a gastar mucho (!), es decir, ir siempre a restaurantes de buena calidad, para mayor garantía de la cualidad de los alimentos y de su preparación. Cuando le hablé de mis intolerancias alimenticias, se convirtió en extremadamente meticuloso en preparar las cenas en su casa; recuerdo, por ejemplo que siempre como antipasto preparaba los huevos de codorniz, no tan comunes. Debo decir que casi todos los encuentros con él tenían como guarnición, o mejor como centro, la cena. Esto sucedió en los primeros tiempos en Milán en el apartamento de Via Stradella o en Roma en Via Capodistria (pero también en Via Aurelia durante el período en que dejó el bellissimo apartamento de Via Capodistria, en espera de encontrar otro), después en Formello⁵ y finalmente de nuevo en Roma, en Via Civitavecchia, pero en muchas ocasiones incluso en el restaurante, donde con frecuencia me ofrecía la cena. Ponía mucho cuidado y fantasía en el menú que preparaba, y yo tenía la costumbre de llevar un dulce, siempre buscando pastelerías de óptima cualidad, y él lo apreciaba.

En los coloquios (Emilio fue mi Responsable durante diez años) no tenía muchas oportunidades de hablar de mí, pero se hablaba con más frecuencia del Instituto, de la Iglesia, del mundo. Yo sufría un poco por no poder examinar mi vida (él, sin embargo, estaba atento a mi desarrollo profesional) pero comprendí sobre todo que Emilio era...

Emilio, y que su preocupación era que aprendiese y me abriera la mente, saliendo de esquemas parciales. Le interesaba mucho hacerme partícipe de sus conocimientos y de su visión de la Iglesia y del mundo, por lo cual debo agradecerle mucho; me llamó la atención un gesto suyo, cuando saliendo del encuentro que lo había elegido por tercera vez Presidente del Instituto – recuerdo que se estaba en la sala en el primer piso del Eremitorio, ahora no es



accesible a los grupos – pasó a mi lado y me apoyó la mano en los hombros.

Cuando más tarde fui elegido Presidente quiso llevarme a la Congregación (de la Vida Consagrada) para presentarme al Secretario y al Sub-Secretario; en aquella ocasión noté cómo él tenía acceso substancialmente libre a las oficinas de la Congregación – mientras normalmente uno es bloqueado por el portero, quien al ver a Emilio, de

⁵ Con ocasión de este cambio compré de él los bellísimos muebles del estudio, que todavía están conmigo, a los que se han añadido 'piezas' de su librería cuando se trató de hacer el último traslado, pocos días antes de su muerte.

un salto, se ponía de pie para saludarlo. Era, pues conocido y respetado. Tuvo otras atenciones como la de hacerme participar, en su lugar, en la Tercera Asamblea Ecueménica Europea, en Sibiu (Rumanía). Otras veces tuve la oportunidad de verificar cuánto era conocido en ciertos ambientes de Iglesia; recuerdo, por ejemplo, un encuentro con el Padre Cabra⁶, que me dijo, con referencia al compromiso profesional de Emilio, que para nuestra vocación es importante tener una posición laboral de importancia; creo que quería decir que el éxito en el plano profesional [que depende en realidad de muchos factores, y tiene diversos criterios de valoración] es un elemento de confirmación de la propia vocación de laico consagrado. Recuerdo su buena relación con el Cardenal y teólogo Georges Cottier, a quien fui presentado durante el Simposio del 2007, que cito más adelante; el Cardenal Cottier le había dicho también que a su parecer existían las condiciones para reexaminar la cuestión de los Institutos Seculares Clericales, sobre los cuales Emilio nunca escondió las propias dudas (por otra parte, como he podido constatar, compartidas por la Congregación). Con ocasión de mi viaje a Nigeria Emilio había hablado en la Secretaría de Estado recibiendo un mensaje de estímulo por ser un país de grandes posibilidades. Recuerdo, como ocasión especial, la cena en casa del Nuncio Apostólico del Zaire, o las narraciones de sus cenas con figuras presentes eminentes de la Iglesia, entre las cuales el Obispo y después Cardenal Walter Kasper, para el que escribió una contribución en el volumen de estudios en honor del mismo Cardenal⁷. Era saludado casi con veneración en los ambientes de la Conferencia Mundial de Institutos Seculares (CMIS), y todavía más en las Conferencias asiáticas (con particular atención en Japón⁸) e India; ciertamente, su corazón latía por India (me dijo, entre otras cosas, que, muy joven, había encontrado personalmente a Raimon Panikkar), y era para él motivo de orgullo haberse sumergido en la cultura de cada país. También en esta cercanía a India yo he sido en parte contagiado: todo comenzó en 1992, cuando fui invitado a participar, en la sesión dedicada a los jóvenes, en el Congreso de la CMIS, en Roma, en un agosto muy caliente, y compartía la habitación con Robin⁹. Emilio y Robin me narraron sus primeros contactos, debidos a un opúsculo que Emilio había olvidado en India y que fue encontrado por casualidad por el mismo Robin, quien, sin embargo, al principio había respondido para una ayuda a su orfanato: el primer encuentro fue en un bar de la playa de Goa, bebiendo un vaso de lime.

⁶ El Padre Pier Giordano Cabra, piamartino, (miembro del Instituto llamado Congregazione della Sacra Famiglia di Nazareth, fundada por el sacerdote, hoy santo, Giovanni Battista Piamarta, ndt.) es autor de muchos libros importantes sobre la vida consagrada y, así se dice, también de una contribución importante a la parte inicial de la Exhortación Apostólica Vita Consecrata.

⁷ *Divinarum rerum notitia – Estudios en honor del Cardenal Walter Kasper.* ed. Studium 2001 – volumen publicado con la contribución, entre otros, de los Cardenales Lehmann y Martini.

⁸ Donde estuvo presente incluso en el matrimonio del sobrino, permaneciendo fascinado por la ceremonia nupcial scintoísta.

⁹ Fue la ocasión para pasar mucho tiempo juntos, lleno de conversaciones, alternadas con las proverbiales frases inspiradas de Robin, que yo aceptaba (llegamos a hablar de una... estatua que se debía erigir al primer miembro no italiano del Instituto, y a veces había participantes que estaban de acuerdo...). Un día libre lo pasamos viajando en los alrededores de Roma y también llegamos al mar, con una parada en una pequeña ciudad que habíamos atravesado por casualidad, CERI, cuyo recuerdo de sorpresa y maravilla continúa siguiéndonos después de muchos años.



Volviendo al círculo de conocidos de Emilio, es necesario recordar que en todas partes era conocido por haber sido Director sanitario del Policlínico Gemelli, en el que fue ingresado el Papa Juan Pablo II a raíz del atentado de 1981. Me había contado algunos episodios de aquel período: el dato más importante fue la oposición de Emilio a transformar el Gemelli en una especie de sucursal de la Santa Sede, mientras para él era muy claro (y justo) que debía continuar funcionando como un normal hospital. Me narró que una vez no encontraron al Papa en su habitación y durante diversos minutos no fueron capaces de encontrarlo, lo descubrieron en la azotea del hospital caminando para hacer ejercicio: me dijo que lo que le había llamado más la atención era su obstinación en recuperar la forma física. Cuando Emilio eligió anticipar la jubilación, y lo hizo esencialmente para poder dedicar más tiempo al Instituto – creo que era el 1994, con una decisión que dejó sorprendidos a varios del Instituto – me confió que corría la voz que lo había hecho para ser el médico personal del Papa, que fue ingresado en el Gemelli varias veces mientras él era Director sanitario; me dijo que le tomaban el pelo (o envidiado...) los colegas médicos, porque decían que el Papa había insinuado una inclinación cuando lo encontraba...

En el Gemelli, Emilio había encontrado también a Madre Teresa de Calcutta que pedía insistentemente una contribución financiera para sus obras. Al lado de Madre Teresa, en los grupos de trabajo, estuvo presente durante el Sínodo sobre la Vida Consagrada del 1994, durante el cual pronunció su ‘famosa’ y valiente intervención (“cuando me preguntan ‘¿qué hacéis?’ me viene espontáneo responder: Nada”), que provocó un sobresalto en los participantes en la Asamblea (y del mismo Papa, si no recuerdo mal).

Naturalmente Emilio me contaba también muchas cosas de su relación con Lazzati y con Oberti, especialmente sobre los últimos encuentros mantenidos con él en Roma. Lazzati lo apreciaba mucho y lo indicó como Secretario para la creación de la Conferencia Mundial, a raíz de la primera Asamblea de los Institutos Seculares del 1970 (con cierta sorpresa de Armando). Emilio se convirtió después en un incansable promotor de la CMIS en muchísimos países; acompañó también a Lazzati en su viaje a Zaire; a su juicio, el Profesor no comprendía plenamente las particularidades de los otros países y de las otras culturas, pero – me dijo – que estaba muy atento cuando se presentaron al Instituto Robin Francis D’Souza y Benjamin Boba Mvumbi. Con el inicio de la difusión del Instituto el Profesor expresaba prudencia y algunos temores debido a la (justa) preocupación de tener que garantizar una formación adecuada a quien estaba lejos¹⁰. De Lazzati Emilio admiraba su honestidad, la plena conciencia del papel y de la dignidad del laico en la Iglesia, y ciertamente sobre esto aprendió mucho. Sobre la santidad de Lazzati estaba más que convencido¹¹, pero estaba también persuadido de que se debería pensar en una revisión de los procedimientos para la canonización de los santos;

¹⁰ Emilio me pasó copia de una respuesta suya a una amiga canadiense, de un instituto Secular, que le preguntaba cómo se podía dar formación en un país lejano.

¹¹ Un pequeño particular: Emilio me decía que Lazzati nunca hablaba mal de las personas en su ausencia; si debía decir algo, lo decía en presencia de las mismas personas, pero siempre con delicadeza de forma que la otra persona no se sintiese a disgusto.

como médico, decía que muchas curaciones podían ser inexplicables (también) porque no se conocen todavía todos los mecanismos del cuerpo humano.

Me habló de un encuentro particularmente difícil, como Presidente de la CMIS, con el entonces Prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada, en la que el mismo Prefecto examinando los números exiguo de los Institutos Seculares, había confirmado substancialmente su fin dentro de la Iglesia; en aquella ocasión, como en otras, Emilio no asumió actitudes de ‘besamano’ sino que replicó a aquella posición ya en el mismo momento del encuentro, ya con sucesivas acciones: envió, de hecho, inmediatamente una nota sobre los Institutos Seculares a la atención del Papa (de la que me envió copia), y organizó poco después un Simposio con motivo del 60 aniversario de la Provida Mater, con el elocuente título ‘Éste es el tiempo para nosotros’, que se celebró, con gran sorpresa del Prefecto, en el Aula del Sínodo en el Vaticano, y que incluyó en el programa la audiencia con el Papa Benedicto XVI (con igual sorpresa).

Tenía una visión – creo – moderna de la difusión del mensaje cristiano. Por ejemplo, estaba convencido de que en la escuela no se debía tener la hora de religión, pero se debían usar las materias de Letras (la Biblia), de historia, de filosofía, etc., para introducir el conocimiento del mensaje cristiano y de la historia de la Iglesia dentro de los normales estudios escolares, de forma que se evitase crear la idea de que la fe cristiana era algo ‘a parte’ de la vida. Tenía también una visión moderna del trabajo, de ello hablamos con ocasión de la decisión de Robin de dejar su empleo, aunque prestigioso. Según Emilio, nosotros todavía tenemos una concepción estática del trabajo; es importante la competencia, pero no siempre son necesarios estudios preparatorios exclusivos: me citó como ejemplos llamativos a Giancarlo Brasca, doctorado en filosofía, óptimo director administrativo de la Universidad Católica y a Carlo Azeglio Ciampi, Doctorado en letras, excelente gobernador de la Banca d’Italia.

Progresivamente Emilio iniciaba a dejar translucir algo de sí; me dijo que un día, en la iglesia para la Misa, una bellísima chica fue a sentarse delante y su pensamiento fue: “¡Esta chica es precisamente bella, pero, yo he elegido a ti, Señor!”. Aceptó también una invitación a mi casa y mi mamá hizo todo lo posible para preparar una buena comida - ¡pero ella no quiso sentarse con nosotros! Era una ‘Marta’ completamente dedicada a la preparación – y Emilio sentía que debía felicitarla.

En los últimos tiempos se había hecho más afectuoso, tenía deseos de contar algo de sí (lo que ciertamente no sucedía en los años precedentes): me hablaba también de sus achaques o de la memoria que comenzaba a flaquear.

Mi última visita a su casa fue el 19 de noviembre de 2019, después intervino la pandemia a reducir las ocasiones; en aquella circunstancia llevé una buena tarta para celebrar sus 60 años de Instituto (pero no se lo recordaba) y tampoco los 60 años del Ordine dei Medici.

En aquellos últimos encuentros me narró sobre todo sus inicios en el Instituto, por lo que se sentía muy agradecido a Armando Oberti, que había conocido en Roma en el Centro Diocesano de Acción Católica, del que Emilio era Delegado de estudiantes; fue Armando quien le presentó a Lazzati. Emilio continuó frecuentando a Lazzati independientemente, yendo a encontrarlo a Via della Chiesa Nuova, hasta que un día subió a Milán y en la estación encontró a Lazzati que había ido a recogerlo y le dijo: está aquí un amigo que tiene coche y nos lleva al encuentro. El llamado ‘amigo’ era Enrico Camurati¹², que naturalmente permaneció tal y los llevó a Via Aldini para el encuentro. La casa de Via Aldini (Pensionato S. Benedetto) estaba gestionado por Giovanni Tenderini, y su Vice era Antonio De Cesaris.

En aquel período y durante muchos años Emilio era seguido, como director espiritual, desde entonces por Monseñor Pericle Felici¹³, que había dado su parecer positivo para al Instituto (una vez que se habían

¹² De Camurati, Emilio me habló, en otra ocasión, para decirme que había sido Secretario del Instituto, para subrayar la importancia de aquel cargo (desempeñado en el pasado por Giuseppe Vassena, entre otros). Emilio recordaba que Giulio Gamucci fue el primer Secretario que él había nombrado, por sugerencia de Carlo Prestini, de quien apreciaba la discreción.

¹³ Después Cardenal, que se recuerda por el anuncio *Habemus Papam* de las elecciones del Papa Juan

convencido de que no se trataba de los Legionarios de Cristo!). Había entrado muy joven en el Instituto (los primeros votos a los 24 años) y esto había producido que tuviera una ancianidad de Instituto mayor que muchos que lo superaban en edad. Esto podía provocar también algunos malestares y Emilio me narró un episodio doloroso durante una visita a una Comunidad, que de alguna manera estaba también relacionado con su joven edad, diciéndome: ‘No he llorado porque no lloro nunca, pero ha sido para mí uno de los episodios más feos de toda mi vida’.

Emilio constataba que la proveniencia de Roma comportaba cierta extrañeza con referencia al ‘centro’ del Instituto que se circunscribía a los alrededores de Milán; esta ‘difidencia’ se debió afrontar en el nombramiento de Presidente, y Emilio me dijo que Giorgio Sala ayudó a superar algunas hesitaciones de los miembros del Instituto.

Me habló también de su período como médico en Gela en el ENI; allí había llegado mediante ‘nuestro’ Giuseppe Rastelli en la época del nuevo polo petroquímico, con la sociedad Anic. La presencia en Sicilia estaba también vinculada al Instituto, habiendo vuelto de Sicilia en aquellos años Giuseppe Martini, y se trataba de acompañar la Comunidad que se iba a constituir (Emilio me dijo que Lazzati juzgaba tan importante el Instituto que llegaba a valorar un cambio de trabajo para favorecer su difusión, lo cual sucedió de hecho en algún caso). Como médico de Anic había chocado con todos los médicos del lugar – excepto uno, socialista, que lo apoyaba – hasta tal punto que se determinó sucesivamente su traslado como médico a la Casa de cura del PIME¹⁴. Pero las amenazas contra él proseguían, como las ruedas del coche cortadas e incluso amenazas de muerte, hasta tal punto que con Lazzati se decidió el regreso.

Nunca hemos hablado mucho de su experiencia de cuatro años en Somalia, pero sé que había mantenido contactos con sus alumnos de entonces, después médicos y esto lo hacía feliz. Estaba también contento porque había recibido, precisamente de uno de aquellos médicos, la invitación a participar en un Convenio de medicina en Eritrea, en el 2007, durante el cual aprovechó, como era su costumbre cuando viajaba, para encontrar a algunos Obispos de la zona.

Volviendo al Instituto, me contó su buena relación con Luigi Dossi, que estimaba mucho a Emilio y lo fue a visitar también en Sicilia, de la relación de aprecio con el Padre Igino Ganzi, provincial de los Jesuitas para Italia, que le había puesto a disposición un apartamento durante el curso para oficiales en Florencia.

Me narró también su importante experiencia de servicio militar en Terni, porque una serie de coincidencias, en particular varias dimisiones simultáneas, causaron que, en cuanto teniente médico, representase la autoridad sanitaria incluso a nivel civil, de tal manera que al despedirse realizaron presiones para que prosiguiera en la carrera militar.

De su familia hablaba muy raramente; recuerdo haber visto la mamá de Emilio en su casa, enferma de Alzheimer y asistida; en otra ocasión yo estaba en casa de su hermano Alberto, que habitaba en Roma, con la mujer también enferma de Alzheimer. Había estado, sin embargo, muy contento de haber ido a Málaga en los últimos años a encontrar a su hermano Massimo.

El recuerdo de Emilio no puede olvidar los momentos difíciles de su Presidencia, cuando algunas sus decisiones, la primera de todas, la relativa a las iniciativas para los jóvenes, en curso en el Eremitorio, originaron incomprendiones y sufrimientos, sobre todo por el modo en que se tomaron, que, como he dicho justamente, no puede separarse del contenido. Yo sufría mucho, porque estaban en juego personas muy queridas por mí, pero, en parte condicionado por la actitud que sentía que debía tener hacia los superiores, no logré, como quizás hubiera querido, ejercitar la virtud de la parresia. Es importante recordar que, sin embargo, especialmente

Pablo I y Juan Pablo II.

¹⁴ Con las religiosas del PIME se estableció en aquel período una relación de amistad y colaboración que duró durante los años siguientes; recuerdo, por ejemplo, que en mi primer viaje a India a la llegada fui hospedado por una noche, gracias al contacto con Emilio, por Sor Bertilla que gestionaba un centro para leprosos. Las misioneras del PIME lo llamaron después en diversas ocasiones para sesiones de formación sobre el encuentro con otras culturas.

después de los primeros tiempos, Emilio se confrontaba con frecuencia conmigo (con frecuencia me pedía un parecer) y una vez, en aquellos años difíciles, llegó a decirme, con una voz rota: “Si me equivoco, me lo debes decir”. Algunas oposiciones lo pusieron en dificultad y lo entristecieron, hasta el punto de que un día me dijo que estaba pensando en dimitir. Yo no juzgué que aquella fuera el camino justo, y se lo dije. Todo esto me ayudó a tener de él una consideración diversa, más humana respecto a la persona segura y determinada que había conocido.

Emilio quería, sin la menor duda, el bien del Instituto y estaba convencido del papel importante que éste tiene para la misión de la Iglesia; sin embargo, cuando se hablaba de ello en los últimos años, manifestaba cierto escepticismo porque veía que se había perdido el fervor de auténtica laicidad y de apertura al mundo, y la mirada, valiente y concreta, hacia los nuevos países. Respecto a su pesimismo le decía que el Instituto era el reflejo de cuanto estaba sucediendo en la Iglesia, que estaba viviendo, especialmente en Europa, una evidente plegadura sobre sí misma. Me recordaba que en la historia de la Iglesia las Congregaciones que se encerraron en su ámbito cultural inicial fueron destinadas a desaparecer y este pensamiento evidentemente lo empujaba, en su impulso, a moverse más allá de los confines: ¡si el Instituto no se abre, muere! Me había pedido, por ejemplo, leer con atención el libro de Philip Jenkins, *La tercera Iglesia*¹⁵, para comprender cómo el futuro de la misma Iglesia se esté moviendo hacia nuevas realidades geo- gráficas y culturales.

Es oportuno, a este punto, decir algunas palabras sobre la herencia que ha dejado Emilio: es interesante constatar que a su muerte no ha dejado prácticamente nada de material (dinero, etc.), como para decirnos que su herencia se ha buscar en otros aspectos.

Sobre las enseñanzas que podemos recoger, ya han dicho mucho la carta del Presidente y el artículo de Luciano Caimi y los muchísimos testimonios llegados de diversas partes del mundo; otras todavía se podrán sacar.

Pensando en nuestro camino de laicos consagrados, no cabe duda de que su vida ha contribuido muchísimo a la difusión y a la comprensión de la vocación de los Institutos Seculares en el mundo, no sólo desempeñando los cargos de Secretario, primero, y Presidente, después, de la CMIS, sino también y sobre todo en los contactos personales con personas y prelados de los y en los diversos países. Una herencia que se ha de recoger y no niego que me siento llamado en causa. Decía al inicio que Emilio era exigente, conmigo lo ha sido mucho, a veces defraudaba sus expectativas; para recoger su testimonio debemos pedir aprender a ser exigentes hacia nosotros mismos, en particular – me parece - en este sentido: no cerrarnos a objetivos más amplios, en especial con relación a la difusión del Evangelio, de aquellos que razonablemente tendría sentido plantearse.

Una segunda enseñanza la podemos sacar referida a la secularidad. Emilio vivía la secularidad sobre todo como estilo, como modo de ser y de comportarse, antes todavía que como compromiso. Sabía razonar fuera de los esquemas religiosos (aprender el italiano, por ejemplo, es típico de los institutos religiosos, y él nunca ha querido exigirlo a los no italianos) y ha querido con insistencia construir un modelo de nuestra vocación desvinculado de la espiritualidad religiosa, a la que hoy muchos Institutos Seculares están todavía excesivamente apegados, quedando condicionados. Trataba siempre de distinguir lo que es propio de nuestra vocación, de cuanto, en cambio, es una herencia del pasado. No soportaba las costumbres de carácter religioso que, de alguna manera, todavía circulan en los Institutos Seculares, quizás también en nuestro Instituto (sobre esto queda todavía mucho por hacer); me decía, por ejemplo, que si en un ambiente normal un joven trata de Usted a una persona más anciana que encuentra por primera vez, no se comprende por qué en el Instituto se debe usar un innatural ‘tú’. De la secularidad, es decir, de la relación con el mundo, Emilio vivía con intensidad lo que probablemente es su esencia, es decir, las relaciones. Aquí no era fácil interpretar: aparecía con frecuencia esquivo y a veces mordaz en sus relaciones personales pero tenía una red de conocidos enorme, desde el Este hasta el Oeste del mundo. Me

¹⁵ Título infeliz, el título original es “*The Next Christendom. The Coming of Global Christianity*”.

agradaría afirmar que no vivía sencillamente estas relaciones, sino que las buscaba, sentía la necesidad de entretejer redes con gente de orígenes diversos.

Releer la historia terrena de Emilio, como la de tantos hermanos que nos han precedido y de otros que continúan indicándonos el camino, nos impulsa, pues, a emprender de nuevo con valentía nuestro camino de cristianos en el mundo.

Es la hora de concluir: me doy cuenta de que me he dilatado excesivamente en los recuerdos, muchos de los cuales para mí preciosos.

Algunos de estos recuerdos me hacen pensar de nuevo en cuánta confianza Emilio había depositado en mí, confianza que no siempre he sabido corresponder. El encuentro con él ha sido para mí significativo no sólo por el mucho tiempo transcurrido juntos y por las enseñanzas recibidas, sino también por el tipo de relación que habíamos creado: mi sensibilidad humano-cristiana, sobre muchos temas, era sin duda diversa respecto a la suya, pero he comprendido que también en estas diversidades se puede aprender y crecer mucho.

Recuerdo de una reconciliación

Giulio Gamucci

Quisiera recordar a Emilio Tresalti como persona que siempre ha querido el bien del Instituto y nunca se ha cansado de indicar y poner en campo soluciones para su desarrollo y para su inserción en el mundo y en la Iglesia de hoy. Ciertamente tenía su carácter, autorizado, decidido y a veces áspero...

Quisiera recordar también a Giorgio Sala que ha amado y se ha dedicado con tanta abnegación al Instituto, sugiriendo y proponiendo, siempre en actividad, para organizar iniciativas que sabía realizar con gran maestría en Italia y en el extranjero. Del padre, abogado, imagino que ha heredado el carácter fuerte, decidido, a veces rezonguero, como él mismo admitía...

Ciertas veces no resulta fácil la convivencia en una Comunidad, sobre todo si las personas en cuestión tienen alguna responsabilidad de gobierno, si se trata de sujetos que se caracterizan por su índole enérgica y decisoria. Emilio y Giorgio han vivido diversos años de sus vidas trabajando codo con codo “en la viña de nuestro Instituto” y se han prodigado en hacerlo crecer. No siempre se han entendido, incluso a veces han chocado, en ciertos casos no fáciles, porque buscaban el bien del Instituto, cada uno, ciertamente, desde su punto de vista.

Han sido dos personalidades importantes para el Instituto que han sufrido y luchado por su bien. Han trabajado con pasión para éste, incansablemente, desde el centro, sin nunca estar mirando y esperando que algún otro decidiera. Siempre “en salida”, como quiere el Papa Francisco, siempre llevando sus ideas hacia adelante en pleno estilo secular.

Recuerdo que hacia la fase avanzada de su edad de vida en el Instituto sucedió un episodio que todavía hoy recuerdo con emoción. Era el cumpleaños de Giorgio Sala y todos nos encontrábamos en Capiago para la Fiesta

de Cristo Rey italiana. Pues bien, durante la oración de los fieles (si no recuerdo mal) dentro de la celebración eucarística del domingo, Emilio tomó la palabra, al improviso, desde el puesto, para felicitar en alta voz por su cumpleaños a Giorgio Sala, gesto ciertamente fuera de su estilo y que fue muy apreciado por Giorgio.

En aquel episodio hubo una utilización de creatividad para acercarse, probablemente se impuso silencio también a una parte del amor propio, pero fue suficiente, ¿y cómo no?, para reconciliarse y para transcurrir con serenidad y afecto los años que el Señor todavía les habría dejado vivir.

Emilio y Giorgio han muerto a distancia de pocos días uno del otro, casi como para sellar aquella reconciliación que se había realizado en la tierra.

¡Qué bello! No olvidemos nunca que cada incomprensión, contraste o divergencia, deben durar entre nosotros, al máximo, el espacio de una noche, al alba toda disputa debe dejar espacio para hacer las paces.

Adiós, mi queridísimo Emilio Tresalti

Rickie Lam

Me siento contento por tener la oportunidad de compartir mis sentimientos por el queridísimo Emilio Tresalti. Pienso que será la última vez que expreso mi profundo dolor en público. Me expreso en inglés aquí porque no quería que hablase en mi pobre italiano cuando hablaba con él, así como no quería besos y abrazos a la italiana, cuando encontraba a los amigos.

He tenido la suerte de tenerlo como mi Responsable durante el aspirantado. Me había confiado que no le gustaba recitar el Rosario de forma repetitiva; sin embargo, Dios ha dispuesto que el día de su muerte acaeciese en el mes de María y mientras tenía el Rosario en la mano, precisamente como en la foto sobre el ataúd. He sabido la triste noticia por Giulio Gamucci, que me ha escrito este mensaje por WhatsApp: “Te mando este mensaje porque sé muy bien cuánto te quería”. Apenas lo he leído, he comenzado a llorar. Ahora quisiera compartir con vosotros mis bellos recuerdos y mi agradecimiento hacia él que siempre me ha mostrado un amor fraterno.

Tresalti ha tenido el primerísimo coloquio conmigo en Tokio, después nos hemos encontrado diversas veces para la formación aspirantes en Tokio, Taiwan, Hong Kong y también en Roma.

Además, él dio su aprobación para reducir a tres años mi formación inicial, de manera que pudiese comenzar mi camino en el mes de noviembre de 2015 (el año dedicado a la Vida Consagrada). Había ilustrado a Giorgio, el entonces Presidente, mi situación y había presentado también el rito presidido por el Arzobispo de Hong Kong Savior Hon, en aquel tiempo Secretario de la Congregación de Propaganda Fide.

Tresalti me invitaba a su casa a cenar y para una charla, sin embargo, alguna vez le gustaba salir a comer chino o los *noodles* (pasta) japoneses juntamente conmigo durante mi estancia en Roma. En su casa me agradaba probar los diversos platos del menú de casa preparados por su doméstica y, en particular, adoraba escuchar cuando me

narraba sus encuentros con los Papas, con Madre Teresa, así como varias historias sobre nuestra Comunidad, acompañadas por bellísimas fotos.

Tresalti apreciaba mucho el archivo histórico del Instituto Secular “Cristo Rey” y se preocupaba de que aquellos datos preciosos no se olvidaran o se perdieran, sobre todo para los jóvenes miembros del Instituto, italianos o no. Hace dos años, he iniciado a realizar una serie de entrevistas con él, que registraba, y he intentado transcribirlas. Me sugirió también hacer controlar el inglés a Robin Francis D’Souza, nuestro precedente Vice Presidente. Esperaba que el borrador pudiera ser sometido a la aprobación de nuestro Presidente Antonio Vendramin y después de ser traducida al italiano y a las otras lenguas, distribuida a todos los miembros del Instituto.

Su amor fraterno, sin embargo, se manifestaba también en nuestros choques, en los que teníamos un encendido intercambio de ideas. Tresalti con frecuencia había compartido sus personales pensamientos sobre mis estudios, el aprendizaje de las lenguas y la profundidad de mi fe, esto estimulaba mis pasiones, animaba el debate, suscitaba discusiones y a veces también tristeza por mi parte. No compartía mi elección de realizar el doctorado en teología pastoral en la Universidad Pontificia Lateranense, me había sugerido más bien un curso de estudios bíblicos en la Gregoriana. Ignoraba mi enfoque catequético y el valor del catecismo de la Iglesia Católica para los fines de interpretación de la fe; daba prioridad, en cambio, al Derecho Canónico y a los documentos del Concilio Vaticano II, como instrumentos para definir la fe católica hoy. Me repetía que hacer el signo de la cruz con el agua bendita después de la Santa Misa era un error y en contraste con nuestra fe. Sus opiniones personales y sus críticas me han parecido más bien fuertes mientras lo entrevistaba sobre el Padre Agostino Gemelli. Él criticó, de forma firme, su secularidad consagrada en cuanto hermano franciscano, que concentraba su dedicación apostólica exclusivamente en beneficio de la Universidad Católica, de la que fue fundador y rector.

Me ha producido mucha confortación el haber sido invitado para una última comida en su casa para celebrar precisamente su cumpleaños. Cada vez que nos encontrábamos, Emilio, con gran amabilidad, me preguntaba: “¿Cómo estás? Te encuentro siempre en gran forma”. Ahora quisiera responderte por última vez diciendo que te has ganado la vida eterna y siempre estarás en forma brillante en unión con Cristo. Descansa en la paz eterna y en el amor de Dios.

Nos vemos pronto

Fabio Vescovi

Lo he conocido hace treinta años mientras frecuentaba el aspirantado. Emilio Tresalti, entonces Presidente recién elegido del Instituto, había sido invitado por el maestro de los aspirantes, Riccardo Salvini, para encontrar el grupo del aspirantado. Entonces todavía sabía muy poco del Instituto, pero el conocimiento de una personalidad como la suya ciertamente ha consolidado mi elección por el Instituto. De él me habían fascinado sus experiencias internacionales, la apertura a otras culturas y pueblos, que sabía cultivar por mérito de su conocimiento de las lenguas extranjeras. Con él el Instituto había adquirido, de verdad, una dimensión internacional. Entonces los

medios de comunicación empezaban a usar el adjetivo “global” un poco en todas las salsas y nosotros hemos comprendido este signo de los tiempos bajo su guía atenta y respetuosa de las culturas de pueblos diversos. Así nuestro Instituto “secular” se ha convertido de verdad en “mundial” respondiendo precisamente a dicha definición. Quizás la herencia de Emilio es más por este motivo que por la Presidencia en sí, la cual, como sabemos no careció de turbulencias, o mejor tempestades. A través de éstas el válido capitán logró conducir nuestra nave con rápidas viradas a derecha, mientras todos pedían a izquierda y con perentorios silencios que nosotros tratábamos de interpretar como órdenes.

Sí, porque Emilio tenía un carácter duro, taciturno e imprevisto en la relación con el otro. En aquel encuentro de hace treinta años me di cuenta enseguida: entusiasta por las noticias del rápido desarrollo del Instituto en Congo (entonces todavía se llamaba Zaire!), Nueva Zelanda, Polonia, India, le pregunté: “Pero ¿cómo harán todos estos nuevos miembros para seguir las actividades del Instituto diseminados por lugares tan lejanos?” (entonces no se usaba internet). Él me respondió molesto: “Bien, ¿pero tú cómo haces?” como si aquella pregunta la hubiese hecho para criticar su Presidencia. Respondí: “Pero yo tengo aquí al Responsable, la Comunidad, etc...”. Pero él concluyó enseguida: “Y ellos tendrán Responsable, la Comunidad, etcétera...”. Sucesivamente me ha resultado siempre problemático el hablar con él.

No sabía, sin embargo, que esta su severidad en la comunicación se habría endulzado poco después, cuando me escribió una afectuosa carta mientras me encontraba en Mozambique en 1993 cumpliendo el servicio militar, en misión de paz como Casco azul de la ONU. Emilio fue uno de los primeros en escribirme, aproximadamente una semana después de haber partido. Y así me respondió de hecho a aquella pregunta que le había planteado sobre la vida del Instituto cuando estamos dispersados en países lejanos.

Queridísimo Fabio,

¡be aquí un aspirante en Mozambique! Una aventura africana totalmente especial puesto que se realiza en uniforme militar. ¿Cómo te encuentras? En tierra de África otros hermanos viven su fe y su compromiso en condiciones muy diversas unos de otros. Si las distancias son grandes en términos de kilómetros, lo son todavía más en términos de comunicaciones. Se anulan, sin embargo, en la oración y en la Eucaristía.

Me agrada tener noticias tuyas. Dentro de tres días estaré en Brasil donde visitaré a nuestros hermanos en Amazonia. Te recordaremos en la vigilia pascual. A mi regreso espero encontrar una carta tuya.

Con afecto, Emilio

Roma, 3 de abril de 1993

De él he aprendido a considerar la competencia en nuestro trabajo dándole una importancia prioritaria: la competencia debe estar, en realidad, en el centro no sólo de nuestra profesión, sino en general de todo aquello de lo que nos ocupamos, aunque sea un interés, un hobby o una simple noticia que debemos dar a otros. En esto él era, de verdad, ejemplar porque si decía algo era sin duda después de haber recogido cuidadas informaciones y éstas, a su vez, estimulaban su interés para buscar todavía otras. Se interesaba de verdad de todo.

Me sorprendían, en realidad, la calidad y la profundidad de sus intervenciones. Pero ante mi estima de su competencia en cualquier campo del que se ocupase, lamentablemente he recibido de él, más de una vez, una cierta desestima de mis actividades y en general de mis intervenciones. Bajo su Presidencia algunos artículos míos para “Comunicare” han sido fuertemente criticados, mientras otros, todavía como borrador, me pedía modificarlos radicalmente. Pero esta su actitud “quisquillosa” conmigo y con otros, no resquebraja de hecho el aprecio y el afecto que le tenía y que todavía conservo hoy día. Se trataba de una especie de amor no recíproco; pero a mí me

estaba bien así. Otros, sin embargo, han sufrido. Durante los años traté de dirigirle la palabra sólo cuando era necesario y aprendí mucho de su estilo comunicativo, en absoluto “romano”, a pesar de su proveniencia, muy escueto, con el que se ahorra tiempo y charlas.

Sus múltiples experiencias internacionales lo han habituado a ser muy flexible con usos y costumbres de otros pueblos y a integrarse en ellos, cristianos o no, sin que esto camuflara la propia identidad. Si visitaba una aldea, no buscaba la Iglesia sino el mercado. Cultivaba en sí y promovía en los demás un sentido de gran libertad al interpretar la vida cristiana en los diversos estilos locales, por ejemplo en casa de nuestros hermanos esparcidos en un mapa geográfico cada vez más amplio. Esta libertad cristiana es una de las cosas más bellas que aprecio en nuestro Instituto. Como médico vivió una larga experiencia en Somalia, donde aprendió el somalí y se especializó en enfermedades infectivas, su campo profesional que lo llevó a ser Director sanitario del Policlínico Gemelli de Roma. En un número anterior había escrito en estas páginas sobre su experiencia durante la hospitalización del Papa Juan Pablo II en 1981 en el policlínico a raíz del atentado. Todo esto lo convertía para mí en un modelo de competencia profesional y humana.

Entre mis muchos ejercicios espirituales con el Instituto, recuerdo con particular intensidad, quizás dos o tres. Entre éstos estaban los de Hong Kong de 2014, predicados por él. Fueron los primeros ejercicios para mí sin ni siquiera una Misa (los segundos vendrán en tiempos del Covid): solamente Laudes por la mañana y sus intervenciones. De programa y horarios hablaba con sentida aversión: “...pues no, no hago nada”. Y así con las solas meditaciones descarnadas y esenciales sobre la Palabra de Dios y sobre nuestra vida de Instituto suscitó en mí uno de los más ricos momentos espirituales con una fuerte experiencia de Dios, como recordarán también Robin, Martin y Rickie, también presentes.



Hong Kong, mayo de 2014: Emilio (en el centro) comía, como era su costumbre, con los palitos chinos, ¡pero yo (a la derecha) no he aprendido nunca y pedía al camarero un tenedor! Los otros comensales, comenzando por la izquierda: Robin Francis D’Souza, Martin Agyemang y Rickie Lam.

Durante varios años he sacado intenso beneficio y paz en los momentos difíciles. Pero cuando, muy entusiasta, se lo manifesté a él no dijo nada o quizás me liquidó con un ...”bien”... Todavía hoy, en ausencia de regulares celebraciones eucarísticas, aquellos días de Hong Kong son para mí una referencia paradigmática de vida espiritual secular durante la pandemia. Era un hombre de Dios y por tanto no consideraba con particular orgullo los resultados logrados en la vida espiritual.

Concluyo con uno de los últimos recuerdos que tengo de él, cuando nos hemos encontrado todos en Roma, si no me equivoco en el 2016, en la villa de Sanssone, para el aniversario de la *Provida Mater*. Al final del encuentro, lo veo en el patio mientras trata de partir: había notado su coche nuevo y me explicaba que lo había comprado hacía poco, pero que hacía un pequeño ruido y debía llevarla al mecánico de Formello. Cerrando la puerta del coche me dijo “¡Nos vemos pronto, ¿eh?” “¡Ciao, Emilio!”

En Venezuela con Emilio

Gian Vito Tannoia

Mi conocimiento de Emilio, como persona y como laico consagrado, ha estado facilitada por los viajes a Venezuela que más de una vez hemos emprendido juntos, comenzando por el de 2009: ya hace 12 años.

Quisiera recordar aquí un aspecto de su “visión de la vida” que, estoy seguro de ello, amaba mucho: el de estar al paso con los tiempos en el uso de la tecnología y de los nuevos “descubrimientos informáticos”, para utilizarlos y “administrarlos” del mejor modo posible.

Su ordenador portátil estaba dotado de todos los particulares que pudieran servir en los viajes: teclado internacional, diccionarios lingüísticos profesionales integrados (por ejemplo el de la Real Academia Española), aplicaciones útiles a la formación (también espirituales), un software que contenía todas las principales versiones de la Biblia en muchas lenguas, con comentarios, críticas textuales, etc. Así descubrí también las ventajas de la impresora compacta portátil de viaje, (era una PIXMA).

Esta atención a los particulares para él querían significar solamente una cosa: respeto y acogida de las personas, de las diversas culturas, de las lenguas (en espera de la partida del avión me hizo comprender una vez que aprender una lengua es un gesto de amor). Por esto conmigo era particularmente severo y exigente, no admitía la más mínima hesitación cuando me expresaba en lengua española (sino, después, en el viaje de regreso, debía sentir sus quejas... y Venezuela dista casi 10 horas de vuelo...).

Cuando fue invitado por dos veces, en el 2013, a tener una conferencia-testimonio sobre el servicio realizado en el Policlínico Gemelli con ocasión del atentado al Papa Juan Pablo II (en la Unión Radio, escuchada en toda Venezuela, y más tarde en la Basílica de San Francisco en Caracas), le interesaba subrayar que su servicio profesional lo realizaba con diligencia y pasión “por el hombre” (prescindiendo que se tratase del Papa).

Llevaré siempre conmigo sus consejos y el recuerdo vivo de su ejemplo, no sólo en mi vida de consagrado, sino también en la profesional, ojalá tratando de emular, - esperando que lo logre - aquella su capacidad de adaptación a las reales situaciones, de las más precarias a las “lujosas”, vividas todas con la misma naturalidad.

Ivan Netto

Me agrada tomar la palabra durante esta celebración en memoria de Emilio Tresalti, que ha sido una de las personas que han estado más cerca de mí y que he querido mucho en la vida; permanecerá para siempre en mi corazón. Era para mí un modelo, un ejemplo ya para mi vida espiritual, ya para la profesional, pues ambos éramos médicos. Además, ha sido mi Responsable en el Instituto durante muchos años. En él comprobaba una perfecta armonía entre vida espiritual y vida profesional.

Lo conocí en el 1987, cuando entré en el Instituto Secular “Cristo Rey” como candidato, hace treinta y cuatro años, yo tenía 29 años. Siempre he permanecido en contacto con él hasta su triste fallecimiento hace un mes. Para mí ha sido el rostro terreno del Profesor Giuseppe Lazzati. Vivía y respiraba el espíritu de las Constituciones que llevaba siempre consigo, incluso en sus numerosos viajes.

Los Institutos Seculares eran totalmente desconocidos en India, cuando entré a formar parte. Mis padres descubrieron qué eran durante una cena con él. Después de haberlo conocido, dieron su aprobación a mi adhesión al Instituto. Si no hubiera sido por él, probablemente hubiera ido a parar a otro lugar.

Ha sido un apóstol para los Institutos Seculares y también para nuestro Instituto. Ha viajado a todos los rincones del mundo para encontrar a nuevos miembros para el Instituto.

¡Era un hombre de una gran clarividencia! Veía la realidad de forma diversa. Ha sido fundador y después consultor de la Conferencia Asiática de los Institutos Seculares (Asian Conference of Secular Institutes), durante mi mandato como Presidente. La idea de base era organizar una reunión ACSI cada dos años en Bangkok, porque era de fácil acceso a todos. Tresalti nos ha ayudado a comprender y a poner en práctica que el fin de la ACSI era ayudar a los Institutos Seculares a crecer en Asia, de forma que se llegue a todos los países de Asia, incluso a los más inalcanzables. Por tanto, durante mi mandato he organizado la reunión en Filipinas o en Seoul. Ahora los Institutos Seculares están creciendo y organizan reuniones en toda el Asia.

Tresalti siempre ha tenido una gran pasión por el crecimiento del Instituto en todo el mundo. Cada vez que venía a India para una sesión de estudio, los ejercicios o la ceremonia de los votos, organizaba siempre una cita personal con el Cardenal, el Arzobispo o el Obispo local, empresa no siempre fácil. Los encontraba y les explicaba la vocación de los Institutos Seculares. Éste es el modo mediante el cual, con el pasar de los años, los Institutos Seculares se han hecho conocer por las Jerarquías eclesiales y por el mundo en general.

Era de verdad “tecnológico” considerada su edad. Se servía de la tecnología para la difusión de los Institutos Seculares en general y del nuestro en particular. Yo utilizaba un teléfono satelital para realizar las incumbencias del Instituto y mantenerme en contacto con las diversas zonas y las Comunidades. En aquella época no existían los móviles ni los diversos servicios de video-conferencias, como hoy.

India es una nación con muchos pobres. Inicialmente, pensaba vivir la pobreza al estilo de Madre Teresa. Me preocupaba del hecho de que viajar cuesta, pensando en tantos indios que tienen necesidad de ayuda económica. Recuerdo, a este propósito, que una vez me dije con firmeza “Vivamos la pobreza de Jesús, no la de Judas”. Para hacer el trabajo de Jesús y construir la Iglesia y el mundo, para él no había duda de que era preciso utilizar nuestras finanzas. Me convencí de ello después. Si hubiera mantenido mis ideas iniciales, no habría sido capaz de hacer nada. Era un gran comunicador, con un gran respeto de las personas y de sus culturas. Recuerdo haber releído algunos de sus discursos, que había pronunciado en Somalia, nación en la que transcurrió largos períodos

lejos de Italia. Lo querían mucho. Tenía amigos en todo el mundo. Una vez le pregunté cuál era el mejor país, según él. Me dijo: “Cada país es único, no existe un país que se pueda definir el mejor en absoluto”. Sé que amaba mucho India y a los indios y una vez me dijo que pensaba trasladarse a India, cuando se jubilara. Más tarde, sin embargo, cambió idea. Le gustaban los vestidos indios, los “kurta” (pantalones y casacas largas) y las chaquetas “khadi” (chaquetas formales con cuello alzado).

Era un hombre de “oración secular”. Había notado que no tenía el estilo del “laico pío” siempre sentado en la primera fila en la iglesia, era más bien un laico sumergido en sus deberes seculares. Amaba en particular las Escrituras y la Eucaristía cotidiana. Esto era evidente cuando ofrecía sus contribuciones espirituales.

Amaba mucho leer y tenía una riquísima biblioteca personal. Tenía un profundo conocimiento de los aspectos espirituales, profesionales y seculares. Me agradaba mucho descargar los materiales de su laptop... naturalmente con su permiso. La mayor parte de mis presentaciones sobre los Institutos Seculares bebían de sus apuntes que había recogido durante los ejercicios o las sesiones de formación, sobre todo los relativos a la vida del Profesor Lazzati.

Añado una nota personal: ha sido un Responsable atento y afectuoso. He logrado permanecer firmemente anclado a mi vocación, durante tiempos muy difíciles, precisamente gracias a su sostén y su ánimo. Escuchaba con gran paciencia todas las cuestiones que más me molestaban y trataba de ayudarme a discernir el plan de Dios sobre mí. Una de las frases más penetrantes que me dijo, en cuanto neo-aspirante, ha sido: “No estás nunca solo, Dios está siempre contigo”. También sus Correos electrónicos eran concisos, pero densos de significado. Cuando le envié mi solicitud de votos perpetuos, me respondió: “Recuérdate, perpetuo quiere decir para siempre. Que Dios pueda llevar su obra a cumplimiento en ti”.

Para mí era de verdad un modelo a seguir. Siempre he permanecido en contacto con él, via Skeipe, hasta el mes precedente a su paso a mejor vida. Me mostraba todos los fármacos que tomaba, etc. Me había dicho también que su memoria ya no era tan buena. Cuando le pregunté si se recordaba todavía de mí, exclamó: “Ciertamente”. Me produjo mucha alegría.

Me dijeron que tenía el morbo de Alzheimer, me estaba, pues, preparando al saludo final. Pienso que el Señor lo ha tomado consigo en el momento justo. Hubiera sido muy triste verlo constreñido a estar en la cama, etc. En los últimos años, me había mostrado cómo se envejece con garbo, acompañados por el Señor.

Concluyo dando el pésame y ofreciendo mis oraciones a su familia y a todos nosotros que lo hemos amado en el Instituto. Si estuviera vivo, nos diría: “Vivid vuestra vocación,... vivid la secularidad,... no lloréis,... pronto nos encontraremos”. Para mí está todavía vivo en el Instituto y en todos nosotros que lo hemos tenido como formador: le hablo de cuestiones importantes y escucho sus impresiones. Emilio vivirá para siempre en nuestros corazones, ¡descansa en la paz eterna de Cristo y reza por nosotros mientras nosotros rezamos por ti!

**Testimonio de un colega
en el funeral de Emilio Tresalti**

Lorenzo Sommella

Creo que los recuerdos que han sido efectuados por el Celebrante y por el Presidente del Instituto Secular “Cristo Rey” han revelado la espiritualidad importante que tenía Emilio, hombre consagrado que vivía, entre otras cosas, su fe de forma absolutamente reservada.

Quisiera ofrecer el testimonio laico, si me permitís el término, de quien ha trabajado con él durante tantos años, casi diez, juntamente con muchos amigos y colegas, algunos de los cuales están aquí. Esto porque veía que la suya era una acción silenciosa desde el punto de vista de la profesión laica, como era. Es muy cierto también lo que decía el celebrante antes, es decir, que todo esto seguramente le ha dado también la fuerza para poder trabajar, así como ha trabajado, en un contexto particular en el que todos hemos crecido, fortalecidos con sus enseñanzas. En realidad, hace solamente pocos años he dejado de llamarlo profesor, así como lo ha sido para nosotros durante mucho tiempo, lo cual me impedía considerar mi a ex jefe como un amigo y colega.

Emilio ha sido un profesor para quienes han aprendido tanto de él, y él para mí era como un maestro porque, en una época avara de enseñanzas, él nos ha enseñado un “oficio” difícil, hecho de competencias técnicas y de capacidad de relaciones, que exige reflexión, actividad decisoria y acción.

Él era severo, era definido tal: conmigo su severidad se expresaba principalmente en reprocharme que era lento, y tenía razón. En realidad, ésta es una característica que he tratado de corregir después, porque en nuestro oficio es necesario ser rápidos.

Decía que el Director sanitario es un “gran director autorizado”: ésta es una frase que seguramente los amigos aquí presentes recordarán porque estas tres palabras sintetizan su enseñanza y es lo que todavía ahora, después de tantos años de enseñanza, a mi vez propongo a los especializandos.



The glorious Tresalti team July 1994

Él tenía fama de ser áspero y con frecuencia lo mostraba, pero se disolvía con muy poco; de ser formal, sin embargo en casa caminaba con pantuflas por comodidad; de ser un solitario, pero en realidad tenía muchos amigos y muchas personas a las que ayudaba.

Por tanto, para nosotros era un hombre bastante difícil de descifrar, pero cuando entrabas en sintonía se abría y te acogía; le gustaba bastante hacer el misterioso y nunca se lograba saber qué hacía exactamente en sus largos y numerosos viajes “de trabajo” a Burkina Faso o a Libia o a otros países del mundo.

Era un hombre de una gran dignidad y esto lo ha mostrado sobre todo cuando ha dejado su cargo, cuando comprendió que estaba cambiando el viento y, por ello, realizó un gesto que hace honor siempre a quien lo efectúa: el de ponerse a un lado.

Recuerdo que antes de abandonar el “Gemelli” hicimos una foto todos juntos, muy bella, inmortalizando aquel equipo, un equipo he de decir fuerte, que él había creado y que le dimos un nombre precisamente un poco altisonante “The glorious Tresalti team”.

En los últimos tiempos lo he visto y oído poco; sin embargo, aquellas pocas veces que nos hemos oído, nunca se olvidaba de pedir noticias sobre mi hija y mi esposa que había conocido, signo precisamente de un afecto sincero.

Hace algunos años que no lo veía. Lo llamé aproximadamente hace dos meses y me dijo que se pondría la vacuna contra el virus¹⁶. Él, por lo demás, nunca había tomado nada para protegerse, había girado el mundo y había emprendido numerosos viajes, incluso a zonas altamente peligrosas para la salud: siempre las había desafiado con éxito.

Lamentablemente, la última fatal amenaza¹⁷ no ha logrado superarla.

Ciao, Emilio, y gracias por tus enseñanzas, te recordaré en mis oraciones.

Homilía del párroco en el funeral de Emilio Tresalti

Padre Giuseppe Celano

Parto, en esta mi reflexión, de una antigua circunstancia, antigua porque hace muchos, muchos años, cuando por vez primera encontré a nuestro hermano Emilio.

No sabía bien quién era. Era un joven estudiante universitario. Era la época post-Conciliar y había en la Iglesia un fermento y un movimiento de reflexión, de implicación de laicos, de sacerdotes, de religiosos, de personas consagradas... y se efectuó un Convenio a nivel nacional sobre la oración.

Se alternaron al micrófono diversas personas y entre éstas estaba también Emilio. Me impresionó un testimonio personal suyo: “No sé por qué motivo me han invitado a hablar de la oración”. Era ya Director del Policlínico Gemelli en 1972. Pues bien, dijo lo siguiente: “Yo debo decir que por la mañana me alzo hacia las 5 y como todos los demás me afeito y después, una vez desayunado, voy a la iglesia. A las 6 estoy en la iglesia. Permanezco allí en oración durante una hora”. Todos se miraron unos a otros: “¿Una hora?”. “La primera media hora la paso meditando un poco el Evangelio y la segunda parte escucho la Santa Misa, comulgo siempre y

¹⁶ En los últimos tiempos había confiado a un hermano del Instituto que estaba valorando la posibilidad de vacunarse “si esto podría servir de ejemplo para otros” .

¹⁷ Se refiere al paro cardíaco que lo ha llevado a la muerte.

después voy al hospital hacia las 7-7,30. Puedo decirles solamente que si no viviese aquella hora de oración, la paciencia durante la jornada en el hospital “Gemelli” desaparecería... Cada vez que se acerca una persona, que me puede hacer perder la paciencia, aquella hora de oración salva mi serenidad, mi paz y trato de ofrecer, si es posible, lo mejor de mí mismo confiando siempre en la Gracia de Dios”. Éste ha sido mi primer encuentro con nuestro hermano Emilio y lo he llevado siempre en mi corazón. También, para quien conoce el ambiente particular, cuando en los años ochenta estaba en la periferia de Roma, Rector de nuestro Seminario Mayor, tenía a mi lado a otro sacerdote, el Padre Ferdinando Fortunato, que ha estado también en esta comunidad: era su confesor y él, casi puntualmente, cada mes partía de Roma para el Seminario y transcurría algunas horas con este padre espiritual. Últimamente ha venido a habitar aquí en nuestra parroquia; puntualmente cada día a las 10 entraba aquí en la Iglesia, primero solo, después acompañado de su fiel asistente Helena; más adelante físicamente ya no ha podido venir y hoy ha sido traído aquí ante el Señor. Dado que celebramos en la fe este momento, no puedo no decir que éste nuestro hermano ha vivido con el Señor en el corazón, ha vivido en la fe, ha actuado en la fe.

“El que come este pan, vivirá para mí”.

Emilio ha vivido su vida con el Señor y para el Señor: lo que hacía era para la gloria de Dios y no para la propia gloria: estaba solo para servir al Señor, que llevaba dentro de sí. Recibir al Señor significa vivir con Él y para Él. De esto su vida ha sido un testimonio. Y me agrada pensarlo precisamente en términos evangélicos porque es una palabra que ha sido encarnada en él. El Señor, médico de las almas, le ha enseñado a ser como Cristo en las almas de los cuerpos. Ha llevado siempre una palabra de serenidad, la que Jesús transmitía a todos los enfermos de su tiempo; por tanto ha vivido el carisma que el Señor le ha querido dar como un gran servicio a los hombres. Y es esto lo que hace a la persona grande: no tanto los puestos de poder que se pueden alcanzar. El verdadero poder de quien tiene fe es el servicio a quienes tienen más necesidad. Ésta es la característica fundamental del testimonio cristiano: estar al servicio y ofrecer viva, con las propias acciones, aquella que es la fe. No “bla bla” sino, en el silencio, consumir todas las propias energías a servicio de quienes el Señor nos hace encontrar en nuestra vida.

“Los judíos se pusieron a discutir diciendo ‘pero ¿cómo puede éste darnos a comer su carne’?”

Es una pregunta que casi escandaliza: ¿cómo puede un hombre dar toda la propia vida por el prójimo? Nos escandaliza: algo debemos tener para nosotros, ¿No? Nada, debemos dar todo, alma y cuerpo. Inteligencia, fuerza, todo lo que poseemos debe ser como un sacrificio, una víctima que se ofrece a Dios.

Y él era un consagrado. Cuando decimos “consagrado” nosotros nos recordamos que es la totalidad de la vida la que es puesta a disposición de Dios. Al final de cuentas, en nuestro Bautismo todos hemos sido convertidos en profetas, reyes y sacerdotes. Es sacerdote quien ofrece la vida a Dios, pero la fuente bautismal nos ha consagrado a todos para ser ya sacerdotes, es decir, víctima y oferta para los otros. Creo que esta conciencia de persona consagrada a Dios para el bien del mundo ha acompañado siempre a Emilio.

Nosotros queremos decir gracias al Señor por todo el bien que este nuestro hermano ha hecho con inteligencia, generosidad y silenciosamente. Queremos decirle gracias porque ha enriquecido a la Iglesia con un gran testimonio y queremos acoger estos testimonios para que también nuestra vida se pueda convertir en testimonio. Es la verdadera herencia que Emilio nos deja y que sirve para que nuestro mundo sea más bello.

Lo ponemos en las manos de la Virgen Santa para que lo abrace, para que lo acoja, para que, como ha tomado de la Cruz a Jesús muerto, tome también a él en espera de aquella resurrección que celebramos especialmente en este tiempo de Pascua, que es luz para el mundo. Amén.

Ofrecemos algunos significativos escritos de Emilio Tresalti que constituyen también testimonios históricos para nuestro Instituto:

- un artículo escrito por él para comentar el 1º Congreso Mundial de los I.S. de 1970 (en 1972 nacerá la CMIS);
- un artículo suyo relativo al período que el Papa Juan Pablo II pasó en el hospital Gemelli a raíz del atentado de 1981;
- una intervención suya de 1971 sobre el crecimiento del Instituto;
- una importante intervención, en cuanto participante como Oyente, en el Sínodo de los Obispos del mes de octubre de 1994;
- Su intervención en la Conferencia Asiática de los Institutos Seculares que se tuvo en Ho Chi Minh (Vietnam) en el mes de septiembre de 2018. Una de sus últimas intervenciones antes de la pandemia, Emilio había sido invitado a la Conferencia como relator; en ella también participaron algunos de nuestros hermanos.

Está todavía activo en la red un video en diversas lenguas relativo a la celebración eucarística con interesante homilía, en el link:

<https://www.youtube.com/watch?v=NpJMFtNTgZQ> donde Tresalti se encuadra en los minutos 20' y 53'.

El Congreso visto de cerca (Comunicare, 1970)

Emilio Tresalti

No era un mini-Espíritu-Santo de bolsillo, de los que en las reuniones entre cristianos se fabrican según las exigencias personales o de grupo, el que se sentía y se sentaba en el Congreso.

No: era el Espíritu que procede del Padre y del Hijo, el Espíritu que el Hijo ha enviado a su Iglesia y que está presente en cada fiel. El espíritu cuyos frutos son santidad, unidad, alegría, paz.

Yo he visto y sentido el Espíritu durante los días del Congreso.

No os echéis a reír. Hablo seriamente.

Lo he visto con los ojos de la fe y lo he sentido con el corazón.

Lo he visto y sentido en los hombres, cosas, palabras, hechos, que se hacían transparentes a mis ojos, que hablaban un lenguaje silencioso a mi corazón. Pero, como la labor lenta y continua “diplomática”, el trabajo de pensamiento, de esfuerzo de comprendernos, las traducciones simultáneas, los litigios, los acuerdos, las discusiones de grupo, ¿no han sido todas estas cosas las que han hecho el Congreso?

No, ha sido el Espíritu.

Desde la prelación del Cardenal Antoniutti hasta la alocución del Papa, pasando a través no tanto de los discursos, cuanto de las experiencias de vida de cada uno de los Institutos, existía un único discurso de consagración y secularidad. Único en un pluralismo de expresiones. Único para la mayoría de los Institutos. No idéntico e igual para todos. Pero único, sí, para todos el anhelo de amor a Dios y al mundo, de entrega completa a Dios y a los hombres.

La salvación del mundo, el llevar a Dios al mundo y el mundo a Dios. No actuando como extraños, sino desde dentro. Consagrando el mundo, no sacralizándolo. Amando el mundo, pero con el amor de Dios. Tratando las cosas temporales, pero para ordenarlas según Dios.

Y quien no tenía claras estas cosas, escuchándolas, sentía abrirse el corazón: “finalmente hemos encontrado en modo claro, explícito, lo que sentíamos un poco confusamente, pero que teníamos dentro. Sí, así queríamos vivir. No encontrábamos el modo, la expresión adecuada; ahora comprendemos. Ayudadnos a responder de forma más auténtica a nuestra vocación, a lo que el Señor nos hace sentir dentro”.

Si los Institutos Seculares son una gracia para el mundo de hoy, y lo son y lo serán en la medida en que serán ellos mismos, el Congreso internacional ha sido una gracia actual para los Institutos Seculares. Y quien lo ha organizado ha realizado una obra apostólica en el sentido pleno de la palabra. Y nosotros en el Señor les damos las gracias.

Y ¿para nosotros? ¿Para nuestro Instituto Cristo Rey?

Oía decir a alguno: he visto la sonrisa volver a los labios, he visto brillar los ojos de alegría en los representantes de nuestro Instituto.

En el encuentro, en el diálogo con los demás, hemos comprendido quiénes somos. No lo digo para alabarnos. Sino para llamarnos de nuevo a nuestra responsabilidad.

Mirad que tenemos una enorme responsabilidad.

No porque es Armando quien ha organizado el Congreso; no porque nuestro Presidente está en la Comisión Pontificia para los Institutos Seculares; no porque uno de nosotros es el Secretario de la Comisión Internacional que proseguirá el trabajo del Congreso. Sí, ciertamente. También por esto. Pero sobre todo porque muchísimos Institutos nos miran como modelo, porque para todos somos un punto de referencia y un motivo de reflexión.

Responsabilidad, pues, ante la Iglesia, ante Dios, responsabilidad que nos estimula a ser plenamente consagrados, radicalmente, totalmente de Dios, plenamente seculares: en fin, fieles a la llamada. Pensémoslo.

Vivamos, pues, nuestra vida con entusiasmo, con alegría, renovados cada día en Cristo, abiertos al mundo.

A esto nos invita el Congreso Internacional; más allá de los problemas jurídicos (que también tienen su importancia, pues somos de carne y hueso); a esto nos obliga el diálogo con los demás hombres, con los hermanos de los Institutos Seculares, con todos los bautizados, con los así llamados lejanos.

¿Queréis cifras, datos? He aquí algunos: 420 participantes, 92 Institutos, representantes provenientes de todo el mundo, desde Canadá hasta Chile, desde Inglaterra hasta Italia, desde España hasta Yugoslavia, desde Siria hasta el Congo. Faltaban el extremo Oriente y Australia.

Treinta horas de reuniones, sin contar las de los Presidentes generales, sin tener en cuenta los coloquios en grupos espontáneos entre Institutos o participantes individuales.

16 horas de oración en común, sin contar la oración silenciosa y solitaria de cada uno.

Cinco lenguas oficiales habladas. ¿Y el trabajo de Secretaría? Sin límites de horario, con dedicación plena.

Ahora el Convenio ha terminado: la Domus Mariae queda vacía. Pero el diálogo continúa a través de la Comisión Internacional: un diálogo entre cristianos, hombres y mujeres de todo el mundo, comprometidos en una plena fidelidad a Dios y al mundo.

Ante el mundo juvenil que busca nuevos caminos, ellos quieren estar en la vanguardia; en medio de las guerras que afligen el mundo, ellos quieren ser portadores de paz. ¿Cómo? Con su total consagración a Dios puesta a fructificar en la vida secular, en el tratar las cosas temporales para ordenarlas según Dios y ser en el mundo signos del Dios viviente, testimonios de la resurrección de Cristo.

Basta así: no quiero detenerme en los particulares, no tengo deseos de contároslos, preguntádselo a quienes han participado en el Congreso, os lo dirán a viva voz. Solamente deseo dar gracias al Señor y vivir mi vocación lo más auténticamente posible.

El “paciente” Wojtyla (Comunicare, 1981)

Emilio Tresalti

Me han llegado bastantes peticiones de ambientes de prensa para entrevistar a enfermeras o enfermeros que hayan realizado la asistencia al Papa. Me hubiera agradado autorizar dichas entrevistas, mantenidas en los límites de la corrección profesional, pero la negativa ha venido de los mismos interesados. La motivación: “son experiencias demasiado profundas e íntimas para que yo me sienta hablar de ellas a los periodistas”.

Diría que algo semejante me sucede a mí cuando me dispongo a escribir algo para “Comunicare”.

Me parecía algo normal poder participar cada día en la Santa Misa por él concelebrada con sus secretarios. He podido admirar su “fidelidad a las prácticas de piedad” que quizás es una de las cosas que más me han impresionado. Desde los primerísimos momentos en el centro de reanimación pedía a sus secretarios que rezaran el breviario, en las horas establecidas, ante él, para que pudiera al menos seguirlo silenciosamente. Y también las dos religiosas que lo asisten en casa y que han estado siempre presentes en el Policlínico desde el primer momento, la noche siguiente a la intervención quirúrgico, era casi la una, ¡no han ido a dormir sin antes haber terminado las oraciones de la liturgia de las horas, Vísperas y Completas, que no habían podido rezar antes! Una buena media hora de oración después de la Misa, con frecuencia acompañada de cantos, es la regla. En su mesilla de noche un rosario con las cuentas muy grandes está siempre presente.

Juan Pablo II es un hombre de oración que, mediante la oración, alimenta la propia fe y la fuerza con la que efectúa su obra de confirmar a los hermanos. Es un hombre de una sencillez extrema, para quien no existen falsos problemas y que hace que todos se sientan cómodos con su sólida y rica carga humana. Ciertamente, bajo muchos aspectos es un huésped incómodo: pensad en los problemas de seguridad, pensad en los problemas de la información (sólo desde este punto de vista personalmente he realizado una experiencia muy notable).

Un amigo me ha escrito: “El Rey ha confiado en tus manos a su Vicario en la tierra”. Esta frase me ha afectado. Ciertamente no es una pequeña responsabilidad, cada poco me lo debo repetir, cuando estoy tentado, o por un falso respeto de las “competencias” de los demás o por otros factores, a no intervenir o

a dejar correr... la responsabilidad hacia la familia humana, hacia la Iglesia en este particular momento histórico, hacia la Polonia y hacia todo lo que la Polonia significa hoy ante el imperio soviético, todo esto puede ser influenciado también por mis comportamientos muy concretos, muy pequeños, por el modo con el que afronto mi trabajo: la Providencia ha decidido pasar también a través de esta estructura y de estas personas que se llaman Policlínico Gemelli. “Vaya a ver, vaya a oír qué han decidido aquéllos del Sanedrín” así decía el Papa anteayer por la mañana a la religiosa, que vino donde estábamos nosotros reunidos celebrando la habitual reunión para discutir y decidir su jornada.

Hoy él ha abandonado el hospital, contento. “Creáis haber reconstruido en mí un hombre nuevo, en cambio soy el mismo pícaro de antes”, así me dijo. Ciertamente nos ha enseñado muchas cosas él y su “familia”. A la Religiosa Tobiana, que me saludaba dándome las gracias calurosamente, le dije: “Pienso que somos nosotros los que debemos daros las gracias por lo que nos habéis dado estos días”.

¿Esto vale para cada uno de los pacientes, vale para cualquiera que tiene necesidad de este hospital? Ciertamente, cada hombre es infinitamente respetable, gloria Dei vivens homo, pero el Papa es siempre el Papa.

El crecimiento del Instituto es un deber (Comunicare, 1971)

Emilio Tresalti

He preguntado a un amigo Presidente general de un Instituto Secular de sacerdotes: “¿Qué piensan los sacerdotes de su Instituto de los Institutos Seculares laicales masculinos?” Me ha respondido: “No piensan nada”. “¿Por qué?” “Porque no los conocen; o quizás alguno sabe que existen, pero en abstracto, no los ha visto nunca, no ha conocido nunca a un laico que viva una vida totalmente consagrada a Dios en el mundo, a un laico que pertenezca a un Instituto Secular”.

He preguntado a otros amigos extranjeros: “¿Por qué en tu país no existen Institutos Seculares laicales masculinos?” Me han respondido: “No los conocemos, no hay nadie entre nosotros que viva una vida de este género; mejor aún, ¿por qué alguien de vosotros no viene a hacerlo conocer en concreto?”

¿No os hacen pensar estas respuestas? A mí, sí.

Considerémosnos como Instituto o, si queréis, como grupo: tenemos una vocación común, tenemos una misión común (vocación y misión nunca están separadas en la historia de la salvación) y es la vocación del laico llamado a ordenar las realidades temporales según Dios, que quiere llevar hasta las extremas consecuencias su compromiso bautismal, utilizando de manera estable los medios que le permiten estar total y radicalmente consagrado a Dios.

En 1952 el Arzobispo de Milán, Cardenal Schuster, erigió en su diócesis canónicamente el Instituto Secular Milites Christi Regis. ¿Qué ha realizado con este decreto? Él ha dicho a aquel grupo de laicos: yo, pastor de la Iglesia de Dios que está en Milán, os digo: estáis en el buen camino, estáis plenamente en la línea del Evangelio, pero os confío una misión de la que sois y debéis sentiros responsables ante la Iglesia de Milán.

En 1963, Pablo VI aprobó con el decreto de alabanza (decretum laudis) el Instituto, convirtiéndolo así de derecho pontificio. Lo que con otras palabras quiere decir: yo, Pablo, que soy el Pastor de la Iglesia de Dios, que está difundida en toda la tierra, confirmo que estáis en el buen camino, y os confío además una misión de la que sois responsables ya no ante la Iglesia de Milán sino ante toda la Iglesia; os abro las puertas de todas las Iglesias, mejor aún os hago responsables de la misión del laico consagrado en todas las Iglesias.

Algunos años más tarde Él, recibiéndonos con ocasión de nuestra peregrinación romana, nos ha dicho: “Lleváis a las extremas consecuencias vuestra vocación”. Me parece que estas palabras se deben interpretar en dos sentidos:

1) en sentido individual, personal; es decir, de una profundización de nuestro bautismo, de nuestro compromiso en los consejos evangélicos, para una presencia en el mundo cada vez más consciente y vivida (no es el caso de detenernos aquí sobre esto);

2) en sentido colectivo o comunitario, es decir, enraizar, profundizar y extender nuestra presencia en el ámbito de la Iglesia, “...hasta las extremas consecuencias”.

He aquí, pues, que si miro en torno a mi ambiente de trabajo, si leo los periódicos, si escucho al prójimo, si voy por el mundo, veo, siento las necesidades del mundo y de la Iglesia, ya expresadas ya silenciosas, y digo: el crecimiento del Instituto es un deber, es un compromiso que brota de nuestra vocación y que es parte integrante de la misión que Cristo nos ha confiado, como individuos y como grupo, mediante los pastores que Él ha puesto al frente de su Iglesia. No es un lujo para el Instituto crecer, no es una especie de triunfalismo, no es por “espíritu de cuerpo” sino que es porque estamos llamados y debemos responder a la llamada. Y no basta pensar en Italia, es necesario ir afuera: otras culturas, otras situaciones requieren la presencia de nuestra vocación. No basta ir a África para ayudar directamente a países en vías de desarrollo; no basta ir a América Latina por el mismo motivo.

Todas son cosas bellas, óptimas, que se han de incrementar. Pero la Iglesia debe estar presente en todos sus componentes, en todas partes, para responder plenamente a su vocación y misión; decimos, por ejemplo, que la Iglesia no está implantada del todo si falta la vida contemplativa, lo mismo debemos decir que la Iglesia no está completa y plenamente implantada si falta esta vida consagrada en el siglo; y ¿quién, si no nosotros, debe tener y tiene de hecho la responsabilidad de esto ante la Iglesia y ante el mundo? Estoy convencido de que los Institutos Seculares son una gracia hoy para el mundo y para la Iglesia; pero nosotros notamos una carencia enorme de Institutos Seculares laicales masculinos; nosotros tenemos ciertamente una muy grande responsabilidad en este sentido.

Y entonces es preciso ir a todas partes, con un fin bien preciso: para que el Instituto sea fundado, se desarrolle y crezca por doquiera, para que lleve el fruto que el Señor espera de nosotros, habiéndonos Él llenado de talentos que no es lícito esconder.

No pienso en una especie de proselitismo triunfalista, consideradlo bien, sino en un deber, que urge, que apremia, al que no debemos ni podemos sustraernos.

Y no es sólo una tarea del Presidente o del Consejo mandar, es una tarea nuestra, de cada uno de nosotros pedir ir con este fin, arriesgando, como laicos que somos, confiando en la ayuda espiritual que el Instituto nos debe dar, pero no en seguridades materiales: merece la pena.

Alguien me podría decir: pero tú, que escribes todas estas cosas, ¿qué haces? Amigos, estoy dispuesto, lo digo públicamente, si el Presidente lo querrá. Pero replico: tú que lees, ¿qué haces? Di también tú que estás dispuesto, siempre que los Responsables no encuentren contraindicaciones; en tal caso ofrece al Señor el sufrimiento de no poder ir.

SÍNODO DE LOS OBISPOS - IX ASAMBLEA GENERAL

Intervención del Presidente general del Instituto

Secular “Cristo Rey” y miembro del Consejo

Ejecutivo de la CMIS - 6 de octubre de 1994 – por la tarde

Emilio Tresalti

Deseo, en primer lugar, dar las gracias al Santo Padre por haber querido que este Sínodo tratase también de la vida consagrada y no solamente de la vida religiosa. Doy las gracias también a la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, a la Secretaría general del Sínodo por haber contribuido eficazmente a la presencia de los miembros de los Institutos Seculares en esta IX Asamblea general.

Espero que la presencia de nosotros pertenecientes a IS contribuya, ex parte hominis, a que esta Asamblea constituya un acontecimiento de gracia para todo el Pueblo de Dios.

Por la misma naturaleza de nuestra vocación somos muy conscientes del surgir de nuevos valores y culturas en los cuales la vida consagrada debe fructificar, colocándose ésta en el contexto de la nueva evangelización del mundo contemporáneo. Creemos que nuestros Institutos pueden dar una contribución específica a la evangelización de las culturas.

Nosotros deseamos ser conocidos y apreciados por lo que somos – o deberíamos ser – según la mente de nuestros fundadores y según los documentos constitutivos de la Autoridad de la Iglesia. Quisiera subrayar aquí algunos aspectos que se refieren de modo particular a los Institutos Seculares (laicales) haciendo referencia a los números 8, 10, 16 y 33 del *Instrumentum Laboris*, y también a algunos pasos de la relación del Cardenal Hume.

1 – Los miembros de los Institutos Seculares se colocan en el plano del ser más bien que en el del hacer. Si alguien me pregunta: ¿Vosotros qué hacéis? Me viene espontáneo responder: “Nada”. No tenemos obras propias. Cada uno de nosotros tiene su profesión, su trabajo. Cada uno de nosotros está también comprometido siempre con relación a la propia personal vocación, en actividades sociales, políticas, sindicales, de voluntariado y/o en actividades eclesiales a nivel parroquial o diocesano como un laico cualquiera “comprometido”¹⁸.

Pero, entonces, ¿a qué sirve estar consagrados de un modo especial, profesar los votos de pobreza, castidad y obediencia? Ésta es la objeción que con frecuencia se hace en ámbito eclesial. Dicha objeción proviene del hecho de que la consagración no se aprecia por lo que es, sino solamente por lo que hace. Todavía no está claro que “la vida consagrada tiene un valor en sí para la Iglesia e incide en su vida y en su misión, más allá de la eficacia de la contribución dada a las obras”¹⁹.

2 – Los miembros de los IS se sitúan en la línea de la vocación de los laicos - entendidos según la definición/descripción de la *Lumen Gentium* y así expresada por ella:

¹⁸ Cfr. EN 70; Pablo VI, *Discurso a los RG (Responsables generales) de los IS*, 25-8-1976; Juan Pablo II, *Discurso a los RG de los IS*, 28-8-1980.

¹⁹ Cfr. *Relatio ante Disceptationem* 4a

A los laicos corresponde por su vocación tratar de obtener el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios... A ellos corresponde por propia vocación iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que, sin cesar, se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para gloria del Creador y Redentor²⁰.

Para comprender y permitir que se desarrollen los IS es necesaria una exacta comprensión de la vida consagrada y al mismo tiempo de la vocación laical.

En este sentido me parece que los IS respondan a las exigencias profundas del mundo de hoy, como han sido puestas en evidencia tanto por el *Instrumentum Laboris* como por muchas intervenciones de los Padres Sinodales.

Me refiero en particular a la evangelización. No es propio de los IS intervenir en la pastoral y en la evangelización directa. Sus miembros llevarán más bien la riqueza de los valores evangélicos, potenciada por la especial consagración y por su compromiso de vida según los consejos evangélicos, a todos los ambientes y situaciones del mundo de hoy, ya en los países de antigua evangelización, como en los que todavía se han de evangelizar, a través de su compromiso competente en las realidades temporales y su testimonio de vida vivida según el Evangelio.

Para poder dar fruto los IS y sus miembros deben ser fieles a su vocación propia. No es aceptable que sean religiosos (un poco) secularizados y tampoco que sean superados por el espíritu del mundo, que está en antítesis también con la secularidad así como ésta es definida por los documentos conciliares, en particular LG y GS. Por este motivo asistimos, con cierta preocupación, a los intentos de algunos Obispos de fundar IS casi como una forma de vida religiosa más maleable, menos comprometida en el plano canónico y más fácilmente gestionable. O sea, por parte de Órdenes y Congregaciones que, vista la escasez de vocaciones tratan de asociarse con laicos eventualmente con compromisos propios o parecidos a los de la vida consagrada para realizar obras para las que escasea el personal. No creo que sea un buen servicio a la Iglesia y a la causa del Evangelio.

Juzgamos, además, que se debe mejorar el conocimiento de todas las formas de vida consagrada en la pastoral vocacional, en particular de la parte masculina, para la cual con frecuencia no se ve otro camino que el del ministerio sacerdotal o diaconal.

²⁰ LG 31.

Emilio Tresalti



Emilio Tresalti, en el centro, durante la celebración eucarística de la Conferencia Asiática de Institutos Seculares celebrada en Ho Chi Minh (Vietnam) Septiembre de 2018.

Introducción

Éste es un discurso introductorio, no tiene ninguna pretensión de ser una lectio magistralis. Quisiera sencillamente compartir con vosotros algunas reflexiones que se derivan sobre todo del Magisterio de la Iglesia y de mi experiencia. Dejo así a vuestra meditación algunos elementos de reflexión.

El adjetivo “secular” y, sobre todo, el sustantivo “secularidad” en el lenguaje de la Iglesia católica se han utilizado durante muchos siglos de modo muy negativo en el sentido no-religioso o anti-religioso.

Se ha iniciado a utilizar estos términos “secular/secularidad” en sentido plenamente positivo sólo en el 1947 y 1948, en los documentos fundamentales de los Institutos Seculares, es decir, en “*Provida Mater Ecclesia*” y “*Primo Feliciter*” promulgados por el Papa Pío XII. Sin embargo, el concepto moderno de secularidad en sentido cristiano se ha hecho explícito sólo desde el Concilio Vaticano II, sobre todo mediante la Constitución dogmática “*Lumen Gentium*”.

El carácter secular es propio y peculiar de los laicos. [...] A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretrejada. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad. Por tanto, de manera singular, a ellos corresponde iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que sin cesar se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para la gloria del Creador y del Redentor [LG 31].

Los Institutos Seculares, según la Iglesia católica, deberían reunir en sí, de forma vital, la secularidad y la consagración. La conjunción “y” es fundamental. Esta “y” se expresa y desarrolla claramente en la Ley Canónica (Canon 713, párrafo 2).

Los miembros laicos, en el mundo y desde dentro del mundo, participan en la función evangelizadora de la Iglesia bien sea con el testimonio de vida cristiana y de fidelidad a su consagración, bien con la colaboración que prestan para ordenar según Dios los asuntos temporales y vivificar el mundo con la fuerza del Evangelio.

Hablando recientemente a los Directores de los Institutos Seculares, el Papa Francisco ha afirmado: la aprobación de los Institutos Seculares ha sido una verdadera revolución.

Ahora quisiera ofreceros una perspectiva a vuelo de pluma del concepto y de la palabra secularidad en el mundo.

Si recorremos toda la historia humana, notaremos que, en las primeras sociedades humanas, la religión era omnipresente. Todas las distinciones que efectuamos hoy entre religión, economía, sociedad, etc. no tenían sentido.

Ahora bien, uno de los significados de la secularidad se refiere a los espacios públicos, es decir, excluir la religión de uno o más gobiernos, ejércitos, escuelas públicas, leyes sobre el matrimonio, reglas de libre intercambio, etc. Esto no tanto contra la religión o las instituciones religiosas, más bien en virtud de estas distinciones. César no es Dios y Dios, o mejor, sus representantes y las instituciones religiosas no interfieren en los ámbitos de competencia del César y viceversa.

Un segundo significado de secularidad se podría identificar con la pérdida de creencias y prácticas religiosas, las personas – tanto individualmente como en grupo – se alejan de Dios y no van a la Iglesia. Esta acepción se acerca al “secularismo”.

Un tercer significado se concentra en las condiciones del creer. Se trata prácticamente del paso de una sociedad en la que el creer en Dios es inatacable y de hecho no presenta ningún problema, a una sociedad en la que la religión se percibe como una opción entre las muchas disponibles. Por ejemplo, en el siglo XVI en Occidente era prácticamente imposible no creer en Dios y no aceptar abiertamente esta creencia. Hoy, en cambio, en muchos ambientes occidentales es, de hecho, difícil creer y demostrarlo abiertamente, incluso si con frecuencia esta creencia es respetada, o al menos tolerada.

El término y concepto de “secularidad” siempre hace referencia a la religión.

En Asia hay unos 40 Institutos Seculares de Derecho pontificio activos de un total de 82 en el mundo. Dos de éstos han sido fundados en Asia: uno en Japón y el otro en India. No dispongo de datos recientes sobre los Institutos Seculares de derecho diocesano.

Los Institutos Seculares nacidos en Asia han sido fundados por misioneros extranjeros. Del mismo modo, la mayor parte de los Institutos Seculares presentes en Asia han sido introducidos por misioneros extranjeros. En muchos casos inicialmente han sido concebidos como instrumentos flexibles de ayuda a las actividades misioneras. Casi todos son femeninos.

La concepción de secularidad que animaba a los fundadores estaba principalmente vinculada a la flexibilidad de los miembros individuales y a sus obras y actividades. Esta concepción daba una sólida clave de lectura de los Institutos Seculares para sacerdotes. La concepción teológica y la comprensión de la secularidad era en general poco importante, cuando no completamente ajena, a los Fundadores.

¿Se puede hablar de un papel especial de los Institutos Seculares en el contexto asiático?

Antes de intentar responder, quisiera decir algunas palabras sobre la secularidad en Asia.

Asia es una realidad enorme, con grandes diferencias a nivel político, cultural, religioso y económico. Sin embargo, podemos apreciar diversos aspectos comunes que la diferencian, por ejemplo, de Europa. Uno de éstos es la religión. Los Asiáticos viven en un mundo encantado, mucho más que los europeos. Europa ha puesto en marcha un proceso de desencanto desde hace siglos.

La religión está por doquiera incluso en las áreas tecnológicamente más avanzadas. La religión ocupa todos los espacios públicos y privados. También en países que se proclaman seculares, o que en apariencia han logrado “secularizarse”, hay una especie de mirada hacia el pasado que en algunos casos se concretiza en acciones públicas o leyes.

La secularidad, en términos cristianos, está vinculada a la narración bíblica de la Creación. En la mayor parte de las “religiones” asiáticas, la relación entre el ser humano y la naturaleza es diverso: por ejemplo, para los Budistas-Sintoístas lo divino reside en la misma naturaleza, mientras no existe el concepto de un “creador” que creó la Naturaleza (el Universo) desde el externo o desde el alto. Ésta es el telón de fondo de las culturas asiáticas.

Ahora se plantea un gran interrogante: ¿la secularidad en Asia se comprende y vive del mismo modo que en Europa, África o América?

Siendo minorías, ¿hasta qué punto los cristianos pueden ser seculares en sociedades no seculares?

El conocimiento, la moral, el arte, el gobierno y la economía deberían ser religiosos, pero de forma libre y desde dentro, no por imposición desde el externo.

(M. Epstein citado por el filósofo canadiense Charles Taylor:

“A Secular Age”. Belknap Harvard 2007).

¿Qué entendemos por “Vida Consagrada” aquí y ahora?

“El Espíritu Santo, admirable artífice de la variedad de los carismas, ha suscitado en nuestro tiempo *nuevas formas de vida consagrada*, como queriendo corresponder, según un providencial designio, a las nuevas necesidades que la Iglesia encuentra hoy al realizar su misión en el mundo.

Pienso en primer lugar en los *Institutos seculares*, cuyos miembros quieren *vivir la consagración a Dios en el mundo* mediante la profesión de los consejos evangélicos en el contexto de las estructuras temporales, para ser así levadura de sabiduría y testigos de gracia dentro de la vida cultural, económica y política. Mediante la síntesis, propia de ellos, de secularidad y consagración, tratan de *introducir en la sociedad las energías nuevas del Reino de Cristo*, buscando transfigurar el mundo desde dentro con la fuerza de las Bienaventuranzas. De este modo, mientras la

total pertenencia a Dios les hace plenamente consagrados a su servicio, su actividad en las normales condiciones laicales contribuye, bajo la acción del Espíritu, a la animación evangélica de las realidades seculares. Los Institutos seculares contribuyen de este modo a asegurar a la Iglesia, según la índole específica de cada uno, una presencia incisiva en la sociedad.

Una valiosa aportación dan también los *Institutos seculares clericales*, en los que sacerdotes pertenecientes al presbiterio diocesano, aun cuando se reconoce a algunos de ellos la incardinación en el propio Instituto, se consagran a Cristo mediante la práctica de los consejos evangélicos según un carisma específico”.

Juan Pablo II - Exhortación Apostólica “*Vita Consecrata*” n.10

Can. 573 §1 - *La vida consagrada por la profesión de los consejos evangélicos es una forma estable de vivir en la cual los fieles, siguiendo más de cerca a Cristo bajo la acción del Espíritu Santo, se dedican totalmente a Dios como a su amor supremo, para que entregados por un nuevo y peculiar título a su gloria, a la edificación de la Iglesia y a la salvación del mundo, consigan la perfección de la caridad en el servicio del Reino de Dios y, convertidos en signo preclaro en la Iglesia, preanuncien la gloria celestial.*

Can. 712 - *Sin perjuicio de las prescripciones de los cc. 598-601, las Constituciones han de establecer los vínculos sagrados con los que se abrazan los consejos evangélicos en el Instituto, y determinarán las obligaciones que nacen de esos vínculos, conservando sin embargo, en el modo de vivir, la secularidad propia del Instituto.*

Can. 713 §1 - *Los miembros de estos institutos manifiestan y ejercen su propia consagración en la actividad apostólica y, a manera de levadura, se esfuerzan por impregnar todas las cosas con el espíritu evangélico, para fortaleza e incremento del Cuerpo de Cristo.*

§2. *Los miembros laicos participan en la función evangelizadora de la Iglesia en el mundo y desde dentro del mundo, bien sea con el testimonio de vida cristiana y de fidelidad a su consagración, bien con la colaboración que prestan para ordenar según Dios los asuntos temporales y vivificar al mundo con la fuerza del Evangelio. Y también ofrecen su propia colaboración al servicio de la comunidad eclesial, de acuerdo con su modo de vida secular.*

Los Institutos Seculares, como he dicho antes, deberían reunir en sí, de forma vital, la secularidad y la consagración. Lo que el Papa Pablo VI les dijo en 1972 es todavía verdadero y actual:

Estar en el mundo, es decir, comprometidos con los valores seculares, es vuestro modo de ser Iglesia y de hacerla presente, de salvaros y de anunciar la salvación. Vuestra condición existencial y sociológica deviene vuestra realidad teológica y vuestro camino para realizar y atestiguar la salvación. De esta manera sois un ala avanzada de la Iglesia «en el mundo»; expresáis la voluntad de la Iglesia de estar en el mundo para plasmarlo y santificarlo «como desde dentro, a modo de fermento» (Lumen Gentium, 31), quehacer, también éste, confiado principalmente al laicado. Sois una manifestación particularmente muy concreta y eficaz de aquello que la Iglesia quiere hacer para construir el mundo descrito y presagiado por la Gaudium et Spes.

Citando al filósofo canadiense: “El conocimiento, la moral, el arte el gobierno y la economía deberían devenir religiosos, pero de modo libre y desde dentro, no por imposición desde el exterior”.

Ésta es la tarea de los laicos (cristianos). Es decir, lo que la Exhortación *Evangelii Nuntiandi* afirma de los laicos es aplicado directamente a los miembros de los Institutos Seculares por el Papa Pablo VI en su discurso del 25 de agosto de 1976:

Si permanecen fieles a su propia vocación, los Institutos Seculares serán como “el laboratorio experimental” en el que la Iglesia verifica las modalidades concretas de sus relaciones con el mundo. Por esta causa, los Institutos Seculares deben escuchar, como dirigido sobre todo a ellos, la llamada de la Exhortación apostólica Evangelii Nuntiandi: “su tarea primera... es poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en las realidades del mundo. El campo propio de su actividad evangelizadora, es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación social” (n. 70).

Esto – ser fieles a la propia vocación – es el destino de los Institutos Seculares cuyos miembros viven tanto la condición secular como la consagración (especial). Antes de 1947, esta coexistencia era impensable e incluso estaba prohibida.

Por consiguiente, un adecuado discernimiento de las vocaciones y una adecuada formación de los propios miembros son dos objetivos esenciales de los Institutos Seculares. La ausencia de un adecuado discernimiento, ya denunciada con fuerza desde hace decenios por algunos miembros de los Institutos, con frecuencia lleva a una disminución de sus miembros.

Los miembros de los Institutos Seculares deben estar “equipados” para ser lo que deberían ser. Consiguientemente, su formación debe concentrarse en su vocación, no puede ser toma prestada - y tampoco readaptada – de la formación para los religiosos.

Ésta es un desafío para los IS en Asia y, sobre todo, ¡es un desafío para los cristianos en Asia!

Quisiera, como conclusión de mi discurso, compartir con vosotros el ejemplo de una consagración vivida en la secularidad. Con otras palabras, el ejemplo de un consagrado que ha sido también un hombre plenamente secular. Hubiera podido elegir a otros, hombres y mujeres, sin embargo he elegido a una persona que ha tenido un vínculo importante con el Vietnam.

Giorgio La Pira (1904-1977) fue un profesor italiano de Derecho romano en la Universidad de Florencia y un político que participó en la Constituyente, la asamblea que redactó la Constitución italiana después de la Segunda Guerra Mundial. Más tarde, fue también alcalde de Florencia durante dos mandatos (1950-1956 y 1960-1964). Cuando La Pira era alcalde de Florencia, su influencia se extendió fuera de su ciudad.

En su vida pública y privada era un incansable defensor de la paz y de los derechos humanos, y se comprometía en mejorar las condiciones de los pobres y de quienes no gozaban de derechos civiles. Ha sido miembro del Instituto Secular “Missionari della Regalità di Cristo”. Viajó varias veces en visita oficial a Rusia, China y Vietnam durante la Guerra Fría, para promover la paz y los derechos humanos, temas de los que prácticamente los políticos occidentales no hablaban.

Visitó Vietnam en 1965 y se encontró con Ho Chi Minh, a quien presentó un esquema de un plan de paz. Esto preparó el terreno para el acuerdo que más tarde puso fin a la Guerra del Vietnam.

Era un hombre plenamente secular y plenamente consagrado. Su causa de beatificación está en curso desde 1986.



CONGREGATIO
PRO INSTITUTIS VITAE CONSECRATAE
ET SOCIETATIBUS VITAE APOSTOLICAE

Città del Vaticano, 11 maggio 2021

Prot. n. IS 7205/21

Egregio Presidente,

avendo appreso della morte del Professore Emile Tresatti, desideriamo porgerle le nostre più sentite condoglianze, in unione alla preghiera di suffragio e ad un particolare ricordo al Signore, con la certezza che sicuramente intercederà presso Dio a favore del vostro Istituto.


Per lungo tempo Presidente dell'Istituto Cristo Re, è stato Segretario generale e Presidente della Conferenza Mondiale per gli Istituti secolari (CMS), nonché consultore di codesta Congregazione che gli è particolarmente grata per l'apporto competente e generoso ricevuto.


È stata una personalità di indubbio spessore per gli Istituti secolari, di cui è stato un instancabile promotore nella Chiesa, i suoi scritti hanno contribuito ad illuminare il Magistero della Chiesa sugli Istituti secolari e a far crescere la coscienza di questa peculiare vocazione.

È stato inoltre consigliere di molti Istituti e ha promosso infaticabilmente la creazione di diverse Conferenze continentali e nazionali.

Grati al Signore per la sua testimonianza di fedeltà alla Chiesa ed alla vocazione secolare ricevuta, vi assicuriamo le nostre preghiere e, continuando ad implorare su tutti voi il dono dello Spirito Consolatore, cogliamo volentieri la circostanza per salutare e benedire ogni membro dell'Istituto con affetto e stima, in Cristo Gesù.


João Braz Cubas, O.F.M.
Prefetto


* José Rodríguez Carballo, O.F.M.
Arcivescovo Segretario


Egregio sig. Antonio Vendramin
Presidente Generale
dell'Istituto Secolare Cristo Re
Via Alessandro Stradella, 10
20129 MILANO (MI)

CONGREGATIO
PRO INSTITUTIS VITAE CONSECRATAE
ET SOCIETATIBUS VITAE APOSTOLICAE

Ciudad del Vaticano, 11 de mayo de 2021

Prot. n. IS 7205/21

Egregio Presidente:

Habiendo tenido noticia de la muerte del Profesor Emilio Tresalti, deseamos presentarle nuestro más sentido pésame, juntamente con la oración de sufragio y un particular recuerdo al Señor, con la certidumbre de que seguramente intercederá ante Dios a favor de vuestro Instituto.

Durante largo tiempo Presidente del Instituto Cristo Rey, ha sido Secretario y Presidente de la Conferencia Mundial de los Institutos Seculares (CMIS), así como consultor de esta Congregación que le está particularmente agradecida por la aportación competente y generosa recibida.

Ha sido una personalidad de indudable importancia para los Institutos Seculares, de los que ha sido un incansable promotor en la Iglesia, y sus escritos han contribuido a iluminar el Magisterio de la Iglesia sobre los Institutos Seculares y a hacer crecer esta particular vocación.

Ha sido, además, consejero de muchos Institutos y ha promovido incesantemente la creación de diversas Conferencias nacionales.

Agradecidos al Señor por su testimonio de fidelidad a la Iglesia y a la vocación secular recibida, os aseguramos nuestras oraciones, continuando implorando sobre todos vosotros el don del Espíritu Consolador, y aprovechamos con agrado la circunstancia para saludar a Usted y bendecir a cada miembro del Instituto con afecto y estima, en Cristo Jesús.

Firma

Joao Braz Card. de Aviz

Firma

José Rodríguez Carballo, O.F.M.

Arzobispo Secretario

Egregio Señor Antonio Vendramin

Presidente General

Del Instituto Secular Cristo Rey

Via Alessandro Stradella, 10

20129 Milán (MI)

* * *

*“Para comprender plenamente la misión de los Institutos Seculares es preciso conocer y comprender la misión propia de los laicos”
(Emilio Tresalti).*

Hemos tenido noticia hoy, con gran tristeza, de la muerte en Roma del Profesor Emilio Tresalti, a la edad de 86 años. Durante largo tiempo fue Presidente del Instituto Secular Cristo Rey, y ha sido también Secretario general (1972 - 1980) y Presidente de la CMIS (1996-2000), Consultor de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y ardiente promotor de los Institutos Seculares en la Iglesia.

Ha sido consejero de muchos institutos y ha promovido la creación de diversas Conferencias continentales y nacionales. Su personalidad, dedicación, dinamismo y cordialidad eran excepcionales. Todos le debemos mucho.

Ahora está en la paz y en la alegría de Dios. Rezamos por él y damos gracias.

La Presidencia de la CMIS

Roma 3 de mayo de 2021

* * *

Numerosos mensajes de pésame han llegado en los días sucesivos a la muerte de Emilio Tresalti de muchos Institutos Seculares esparcidos por todo el mundo.